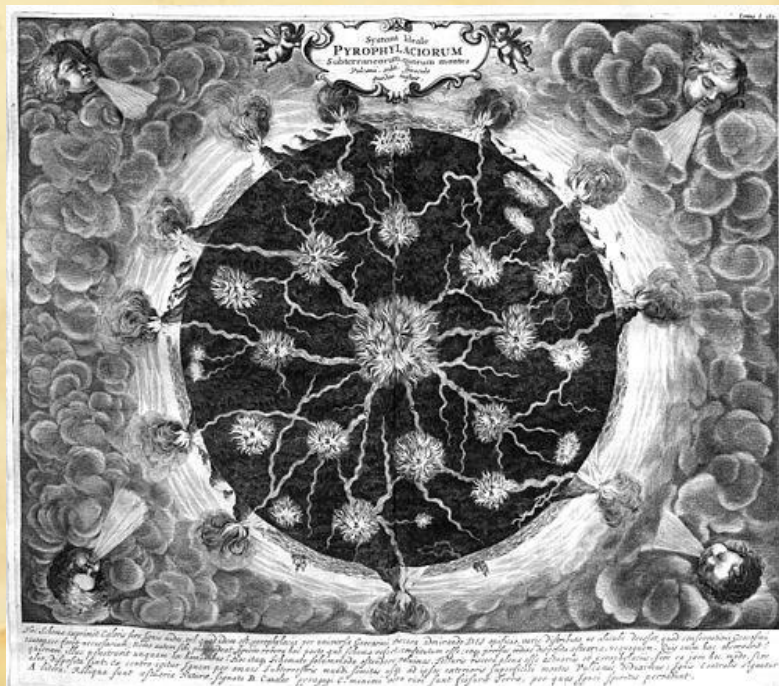


El crepúsculo de los burócratas

La historia de un funcionario de alto nivel
en la época del Apocalipsis



José Antonio
FORTEA

Editorial  Dos latidos

Benasque, España

Título: El crepúsculo de los burócratas

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull

Todos los derechos reservados

fortea@gmail.com

Publicación en formato digital en mayo de 2017

www.fortea.ws

Versión para tablet

EL CREPÚSCULO DE LOS BURÓCRATAS



José Antonio
FORTEA

índice

Un paseo entre los panteones	1
El primer trabajo, un cóctel, la vida que sigue y sonrío	8
Escenas de un funeral, encuentro con Adelaide	20
El descanso de mis padres	50
Cosas extrañas en un mundo técnico	67
Enviado a Jerusalén	84
Japón, París, el mundo va cambiando	94
Investigando cuestiones inútiles	109
Tatiana, insomnio, recuerdos	124
Después que el porvenir ha huido	141

prólogo

Escribí este libro en el año 2000, quizá un año antes. Durante algún tiempo, esta obra tuvo el título de *Línea Trocaica*. Título que no me convenció.

El interés de esta obra, como ya expliqué en el prólogo a *Necronerópolis*, es poder asomarse al modo en que yo escribía a los veintinueve años. Realmente, los últimos libros de la Decalogía fueron el *Libro IX* y el *Libro X*. Lo que sucede es que, como fueron los últimos libros que escribí de los diez, eran mejores que los tres que dejé dormir en un frío y húmedo baúl de mi casa.

Algunos lectores me los habían pedido, fueran como fueran. Ahora, en el año 2017, tras tan larga espera, doy a la luz esta obra que los lectores no dejarán de percibir como una variante menos lograda del estilo que después desplegué en los dos últimos libros de la Decalogía.

Capítulo I

Un paseo entre los panteones



UN HOMBRE SE INTRODUCE RÁPIDAMENTE EN EL DORMITORIO, casi semejara que furtivamente sino fuera porque es su propio piso. Respiraba con fuerza. Agitada respiración del que hace algo contra la ley. Pero no estaba perpetrando nada contra ninguna ley. Sus manos nerviosas removían la ropa de los cajones. Camisas y mudas que quedaban desordenadas y que ya nadie ordenaría nunca. Debajo de toda la ropa, la tapa de un doble fondo. Gotas de sudor comenzaban a formarse en la frente de aquella cara pecosa de cuarenta años. Debajo de la tapa aterciopelada del doble fondo, cuatro estuches de cuero.

Las manos temblorosas abrieron un momento el broche de los estuches. Necesitaba cerciorarse de que las gemas estaban dentro. Sí, los ópalos negros, los diamantes y los granates azules estaban allí. Brillaron apagadamente un segundo. El segundo necesario tan solo para cerciorarse y volver a cerrar el broche de cada estuche.

Un segundo de embelesadora visión de colores y brillos. Al hombre le temblaban las manos, pero no hacía nada contrario a la ley. Era su dueño. Tras un momento de vacilación, se metió los estuches en los bolsillos de su costosa gabardina, una gabardina de la mejor sastrería de Roma. Debo tranquilizarme, se repetía una y otra vez: “Serénate, Alexandru. Tranquilo”. Pero uno no está sereno cuando quiere, por más que lo ordene la voluntad. Uno está tranquilo cuando puede, no cuando quiere.

Se metió la mano en el bolsillo, lo tanteó: allí estaba su pasaporte. Pero tras dar dos pasos, decidió, de todas maneras, sacarlo, tenía que asegurarse, tenía que verlo. Sí, allí estaba. “Llevo dinero suficiente para el pasaje, bien. No creo que la policía me pare. De todas maneras, no he hecho nada que sea delictivo. Adiós, casa”. Y salió casi corriendo de allí después de cerrar la puerta con todas las vueltas de llave posibles.



Doce años antes. Año 2201.

UN CHICO ALTO CAMINABA DE LA MANO junto a una chica también alta, esbelta y muy rubia. Los ojos tremendamente azules de ella miraron con ternura la cara de aquel chico pecoso de nariz respingona. Los ojos claros de la chica miraron fijamente a los ojos azules de su chico. Siguieron caminando. Los dos paseaban a grandes zancadas, ligeros, alegres por el césped del Parque Rademacher. Con la ligereza de la juventud, aquellos dos cervatillos pronto alcanzaron el centro de aquel extenso parque de cipreses. Los primeros bloques de mármol blanco ya eran visibles entre aquella columnata de cipreses que parecían apuntar y señalar aquel cielo azul de gorriones y nubes blancas. Esa deliciosa mañana de octubre del 2201 brillaba con un azul sereno y primaveral.

Los dos jóvenes por fin alcanzaban el comienzo de la zona de mausoleos. Sobre el centro del parque, descansaban pesados y solemnes los mausoleos de la Familia Imperial. Todos de mármol, allí no había otro material, todos imponentes, neoclásicos. Frontones, pétreas hojas de acanto, hieráticos rostros estatuarios. Unos sepulcros familiares se elevaban del suelo sólo cinco metros. Pero esos cinco sublimes metros rayaban la perfección del arte y

las formas. Otros eran más pequeños, de dos metros de altura; unos pocos eran de un tamaño auténticamente imperial.

El Parque Rademacher, cuatro kilómetros cuadrados de césped y cipreses. En medio, el panteón de los hombres ilustres de la República Europea: generales, grandes políticos, algún que otro hombre que en vida creó un imperio económico y, sobre todo, los miembros de la Familia Imperial, que tenían su propia zona en ese parque.

La Familia, la gran dinastía de magnates poseedores del 43% del producto interior bruto de la Unión, la gran cantera de donde llevan saliendo buena parte de los grandes políticos del Viejo Continente. Ellos eran los únicos que tenían asegurada la sepultura en aquel lugar reservado a los grandes más grandes entre los grandes, por sus méritos o por su dinero.

Las zapatillas deportivas de muchos turistas paseaban sobre la hierba entre los grandes mausoleos, las tumbas más pequeñas y los moderados panteones familiares. Aquel era un lugar predilecto de visita para todos los visitantes de la capital de la Unión Europea. Los dos enamorados se detuvieron ante los grandes caracteres inscritos sobre la dura piedra y cubiertos con oro.

FROMHEIM·SCHWART·CONSVL·MAX

Los dos jóvenes se quedaron silenciosos mirando el gran sepulcro del cónsul máximo Fromheim, el primero que ostentó la magistratura máxima de la Unión Europea y la presidencia de los

Estados Unidos de América. La inscripción de su tumba era de las más sencillas, de las más lacónicas. Los hechos colosales eran su inscripción en las invisibles y pulidas superficies marmóreas de la Historia. Para hombres así, la brevedad de sus epitafios es un signo más de su nobleza. El hombre grande no necesita de presentaciones.

Si había habido un gobernante colosal en la República Europea, había sido aquel cónsul máximo al que el cáncer no respetó en la cima. Fromheim el primer mortal que se atrevió a dar el primer golpe de Estado en Estados Unidos; aunque, por supuesto, no se llamó así. Ley de Poderes Especiales fue el nombre que se dio a ese quebrantamiento del orden constitucional. Allí estaba su mausoleo, ornado con bellísimos frisos de sonrientes y atléticos jóvenes cubiertos con sus clámides.

Los dos enamorados de carne y hueso siguieron su visita espontánea y alegre por el parque. Él, Alexandru Dumitrescu había nacido en Francia de padres rumanos. Llevaba ya varios años viviendo en Roma. En una Roma colonizada casi enteramente por alemanes después de la destrucción del siglo XXI. Su compañera griega visitaba la Urbe por primera vez. La visita al Senado, el Palacio del Cónsul Máximo y a los mausoleos imperiales constituían un recorrido imprescindible para cualquier recién llegado de fuera.

–¿Qué hay debajo de los cuatro kilómetros cuadrados de este parque? –preguntó la joven que acababa de finalizar la carrera de Ciencias Políticas.

–Debajo está el Cementerio Central. Su nombre oficial es el Mensteinfriedhof, pero todo el mundo lo llama Cementerio Central. Porque está en el centro de la Urbe.

–¿Es grande?

–Ja, ja. ¡Inmenso, inacabable! Has de saber que debajo de este parque hay otros veinte parques inferiores de la misma extensión que éste que estamos recorriendo. Todos con su césped y sus mausoleos. Las bóvedas subterráneas están sostenidas por arcos. Cada zona de mausoleos cuanto más se interna hacia abajo es de menor categoría. Alrededor de la zona subterránea de sepulcros hay un todo un dédalo de galerías, cientos de kilómetros, con nichos a ambos lados. Nichos, arcas funerarias de tanto en tanto, pequeños panteones familiares.

–¿Has estado?

–Si. He asistido a unos cuantos entierros. Entre compromisos de amigos y familiares, he estado más de una docena de veces. Cada cierto trecho, en esos pasillos hay salas circulares de gran altura. Son los grandes columbarios. Te aseguro que...

–Bueno, ¡cambemos de tema! –todo lo funerario inducía escalofríos en aquellas carnes femeninas rebosantes de vida. Aquel

cuerpo esbelto y deportista había sentido un estremecimiento. Alexandru entendió aquella salida femenina. Prosiguieron caminando por un sendero soleado y alegre como la vida de dos veinteañeros que cogidos de la mano paseaban una mañana de domingo.

Capítulo II

El primer trabajo, un cóctel, la vida que sigue y sonrío



Dos años después. Año 2203

ALEXANDRU DUMITRESCU ERA UN JOVEN ABOGADO DEL ESTADO que caminaba ahora maletín en mano, hacia su gabinete. La presente le sonreía y el futuro aparecía prometedor. Su relación con la bella Gertrud se consolidaba. Su vida profesional era como la de una estrella ascendente a través de la bóveda celeste del funcionariado de la Unión Europea. Hacía ocho meses que trabajaba brillantemente para el ODI.

¿Qué era la ODI? Era un órgano directamente dependiente de la presidencia de la república con la misión de discernir la información que llegaba a la más alta magistratura. Información que procedía, abundante, de todos los escalafones de la burocracia de la Unión. Como era lógico, todo ese volumen de información ascendía por los conductos reglamentarios, filtrada a través del paso por cada uno de los escalafones. La información se

comportaba como los salmones tratando de ascender por el río de la burocracia hasta llegar a la mesa de los ministros. Todos los funcionarios estaban convencidos de que su información era vital y de la máxima importancia. La filtración era subjetiva pero necesaria. Subjetiva, porque no era sencillo discriminar la real importancia de los datos que pugnaban por ascender a través del escalafón burocrático. Y más cuando en esos escalafones había muchos intereses para que unos datos fueran catapultados hacia arriba o, por el contrario, desviados hacia uno de los muchos limbos que poblaban los distintos ámbitos ministeriales.

Por eso, a causa de la gigantesca cantidad de información que trataba de alcanzar la presidencia se había creado ese órgano. En el funcionariado habitaban muchos egoísmos, grupos de presión y clientelas ocultas. De ahí la conveniencia de crear un órgano que no estuviera sujeto a ningún ministerio, sino directamente dependiente de la máxima magistratura. Ya he dicho antes que esos informes se comportaban como los salmones. Pues bien, había que limitar el número de salmones que arribaban diariamente a la mesa de la presidencia. Hay que hacer notar que el Jefe de Estado en la República Europea era el cónsul máximo. Su magistratura se llamaba formalmente “consulado”. Pero una curiosidad es que los funcionarios, con frecuencia, se referían al “consulado” como la “presidencia”.

La experiencia había demostrado que los ministerios funcionaban muy bien a la hora de silenciar la información que no

les fuera favorable. De ahí que la ODI tenía que obstaculizar la información que, sin razón objetiva (pero sí por razones de beneficio personal), quería llegar a la cúspide del poder ejecutivo, y arrastrar hasta arriba la información que se deseaba que permaneciera en la oscuridad.

Alexandru y otros compañeros eran conscientes de que con el tiempo aquel órgano reciente del organigrama crecería, en tamaño y en influencia. Sus puestos acabarían siendo piezas codiciadas dentro del engranaje ministerial. También era bastante seguro que, antes o después, algún grupo de la burocracia se apoderaría de él. Lo insertaría en su departamento de manera formal o *de facto*. Y con el tiempo se necesitaría de algún otro pequeño órgano que a su vez discriminara la información que proporcionara la ODI. Como se ve el proceso de tesis, antítesis y síntesis se reproduce una y otra vez en la burocracia de cualquier Estado. La ambición y la codicia siempre suelen reproducir procesos similares en todas partes y en todas las épocas.

—Nuestro lema no oficial y más bien en plan de chanza es DISCERNE VT REGAT, discierne para que él gobierne — Alexandru explicaba todo esto a su amigo de infancia Joham González. Se lo explicaba a través de su móvil, mientras avanzaba por pasillos enmoquetados hacia su despacho para comenzar el trabajo de la jornada—. Estamos asentados en ocho oficinas del Torre Lerner de los ministerios. Todo está comenzando. Para que te hagas una idea, ya nos han cambiado cuatro veces de oficinas.

No tenemos ni emblema ni nada; ni sede. (...) Nosotros separamos la paja del grano, discernimos, buscamos las gemas. (...) Nuestro ámbito de actuación son todos los Ministerios, incluido el Ministerio de Defensa. Pero no el Servicio de Inteligencia. Nosotros solemos decir: todavía no el Servicio de Inteligencia. Estamos seguros de que nosotros no supervisamos la información que viene de ellos, entre otras cosas, porque son ellos los que nos investigan a nosotros. En esta jungla de intereses que es el alto funcionariado, si en el reparto de competencias nosotros no les investigamos, eso significa que ellos nos investigan a nosotros. A estos niveles ninguna pieza del engranaje puede quedar sin supervisión y vigilancia. (...) Pero no. En realidad, nosotros no investigamos. Nuestro campo de actuación es sólo el flujo de información. No investigamos nada. Nuestro trabajo se realiza todo en nuestro escritorio. (...) Pues sí, es verdad que yo tengo una valija de esas de las que me hablas. (...) La valija de un miembro de la ODI solo puede ser abierta por un superior de la Policía Judicial del escalafón A. Se considera que la información que contiene este tipo de valijas siempre afecta a la seguridad nacional. (...) Bien, te tengo que dejar, acabo de llegar a mi despacho. Nos veremos el jueves para comer. *Auf wiedersehen.*

Alexandru dejó su maletín encima de la mesa de su despacho, le esperaba todo un largo día de trabajo. Pero eso no era nada para un joven tan trabajador como ambicioso.



Cuatro años después. Año 2207.

ALEXANDRU, DE SMOKING, TOMABA CHAMPÁN junto a una de las mesas en la recepción que se ofrecía en el Palacio Kunglerlund. En el centro del gran salón, del inmenso salón, tenía lugar un baile. Un baile cortesano y elegante al son barroco de una orquesta de instrumentos del siglo XVIII. Este tipo de bailes sofisticados con trajes de época era la última moda en la capital. Alexandru bebía levemente de su copa mientras charlaba con el general von Strupp. Un general de Estado Mayor, no un general cualquiera. Las estrellas, pocas pero contundentes, brillaban en su casaca roja. Alexandru era consciente del poder de aquel militar. El general, a pesar de sus condecoraciones, era consciente del poder fáctico de aquel burócrata situado en un puesto clave.

–Sí, general. Las precauciones para que la Guardia Pretoriana sea fiel, parecen no tener fin. Las pruebas psicológicas a que se les somete, al menos una al mes. Los seguimientos por parte del Servicio de Inteligencia de miembros mínimamente sospechosos de la Guardia son discretos pero constantes. Se vigila imperceptiblemente a donde van, donde se divierten, con quien hablan. Todo en busca de alguna conexión sospechosa, en busca de algún posible resentimiento, todo en busca de alguna manzana podrida en el cesto.

–Lo sé, lo sé –comentó el general severo–. Hace pocos días se estudió este asunto en la Capitanía General del Ministerio de Defensa. Creemos que nuestro informe será estudiado pronto por el ministro.

–De todas maneras, general, éste es un proceso sin marcha atrás. Si la Guardia Pretoriana es investigada, no se imagina cuanto lo son los cocineros, por ejemplo. Nadie es investigado más a conciencia que todos los que trabajan en las cocinas de Palacio. Hay venenos con los que bastaría que un camarero rozara con su guante la mano del cónsul. Hasta el agua es transportada precintada en todos sus viajes interiores o al extranjero.

–Convendrá conmigo es que una vida innatural.

–Ya. Pero así son las cosas. Hay miles de personas que desearían matarle, miles de desequilibrados, miles que lo harían con el único fin de alcanzar notoriedad. ¿Quién puede llevar una vida natural así? La vida cotidiana de un ser humano al que desean asesinar miles y miles de otros seres humanos. No podemos cachear a las multitudes. Cualquiera puede sacar repentinamente un bolígrafo y clavárselo en la cara o en el pecho. Hay que rastrear el espacio aéreo por encima de cualquier lugar donde el cónsul va a estar, hay que echar periódicas ojeadas a las cloacas, al sistema de conducciones subterráneas.

–Y no obstante, no faltan candidatos a reemplazar a nuestros políticos. Candidatos a sucederle como diana móvil. El Poder... –

el general tomó de la bandeja de la mesa otro pastelito de faisán trufado.

–Sí –convino Alexandru–, todos están dispuestos a sobrellevar cualquier tipo de vida por alcanzar ese cargo de diana suprema.

–En fin, usted lo ha dicho, no hay marcha atrás. Las medidas de seguridad se irán haciendo cada vez más minuciosas y cada vez más extensas. Desconozco donde se halla el final de este curso de cosas, pero una cosa es segura: no hay marcha atrás.

–¿Y usted tiene acceso al cónsul?

–No, por supuesto que no. Los tres funcionarios que trabajamos para la ODI, presentamos nuestros informes a nuestro jefe de departamento. Él vuelve a realizar una nueva síntesis. Y él lo pasa al secretario-jefe del cónsul. Ni siquiera mi jefe tiene acceso al cónsul.

El general, entre pregunta y pregunta, estudió detalladamente el rostro de Alexandru, sus gestos, su modo de responder, el modo en que escogía los canapés. El militar era un hombre canoso de sesenta años, muy acostumbrado a hacer valoraciones de las personas. Ese joven funcionario era un ambicioso. Ese puesto no era para él su trabajo; era sólo un peldaño en una escalera ascendente. Sintió un cierto desprecio por ese joven que sólo veía en los otros instrumentos en su carrera, o decoraciones alrededor de ésta. Pero siguió conversando como si nada. Si con veintinueve

años ya eran evidentes los síntomas de la soberbia, no quería imaginárselo con veinte años más.

Llegó por allí una coronel. Era conocida del general. Se la presentó a Alexandru.

–Precisamente antes, estábamos hablando de lo peligroso que era estar en la cúspide de la pirámide jerárquica –le dijo a ella.

Y volviéndose a él le explicó que la militar se dedicaba a un cuerpo que tenía encargados ciertos cometidos en la protección del cónsul: cometidos más bien técnicos. Los camareros seguían pasando ofreciendo más pequeños bocados en sus bandejas. Los tres charlaron de distintas cosas. En un momento dado, la coronel explicó a Alexandru:

–La cierto es que lo más cuesta es garantizar la seguridad del cónsul en cualquier acto que esté anunciado con fecha y hora, desde semanas antes. Los preparativos para su seguridad suelen comenzar sobre el terreno una semana antes. Hay que revisar, palmo a palmo, el subsuelo. Una vez hecho, hay que mantenerlo bajo vigilancia.

–¿Una semana de vigilancia en el subsuelo?

–Sí. Se hace con cámaras y sensores. Pero durante varios días hay que ver qué se mueve por allí. Todas las personas que van a tener cercanía con el cónsul tienen que pasar por escáneres corporales. Si el cónsul saluda y da la mano a unos ciudadanos corrientes en una acera de la calle, esos individuos y los cien que

se agolpan detrás de la valla han pasado por escáneres, antes de poder acercarse. Los bolsos, las mochilas, lo que llevan bajo la ropa, todo debe ser valorado con los escáneres para ver si requiere una revisión más en profundidad.

–¿Y pueden controlar todas las ventanas de un recorrido consular?

–No. Resulta imposible es garantizar que nadie no vaya a disparar desde la ventana de cualquier edificio. Hay miras telescópicas que pueden matar a dos kilómetros de distancia. La única solución es que los recorridos se decidan en el último momento, y que nadie pueda saber la hora a la que va a aparecer el cónsul.

–Con razón que cada vez aparece menos por las calles o en actos públicos masivos.

–La política actual es hacer que el cónsul aparezca en muy pocos eventos. Los jefes de Estado de todas las naciones cada vez han ido llevando una vida más encerrada, más retirada del contacto con la gente de la calle. Si eso es válido para cualquier presidente, para el cónsul ya ni le cuento. Multiplique por mil las amenazas a cualquier jefe de Estado de una nación mediana.

–He leído informes acerca del dinero que cuesta mantener la seguridad cada vez que se mueve el cónsul fuera del Palacio Imperial.

–Lo que le he dicho es sólo un resumen. Dese cuenta de que hay que fijar una zona aérea de exclusión. No sólo a gran altura, sino también respecto a pequeños aparatos no tripulados. Algunos del tamaño de una manzana. Cualquier intrusión es detectada en décimas de segundo.

–¿Y preocupaciones parecidas para sus ministros?

–Por supuesto. Cuando el gran desfile triunfal tras la guerra nigeriana sólo se podía lanzar confeti y serpentinas autorizadas. Cualquier otro objeto de otra densidad, cualquier otro objeto que descendiese a mayor velocidad, o que lo hiciese con una trayectoria no natural, hubiera sido detectado al segundo. No sólo por los radares, también había una banda infrarroja de haces invisibles que detectaban ese tipo de objetos. Los interceptadores hubieran surcado el aire hacia cualquier objeto no identificado. No voy a cansarle explicándole como era uno de aquellos sofisticados interceptadores.

–¿Se llegó a lanzar alguno en aquel desfile en concreto?

–Sí. Pero lo que interceptó era tan pequeño que nunca estuvimos seguros de qué se trataba. Hay alguna filmación en que, en medio del confeti, apenas si se distingue una rauda, casi imperceptible sombra del pequeño aparato que fue lanzado. Si

alguno vio algo extraño en el aire, debió pensar que formaba parte del espectáculo. Los vídeos fueron analizados fotograma a fotograma, nunca quedó claro si fue una falsa alarma, como ya le he dicho.

–¿Se dio cuenta el cónsul?

–No. El cónsul no se apercibió de que un interceptador había sido lanzado desde el vehículo que iba diez metros detrás de él.

–Todo esto es un gasto enorme –sentenció Alexandru.

–Y la seguridad nunca puede garantizar al 100% las cosas –añadió el general.

–Por eso es más barato crear un entorno artificial en el que parezca que pasea por la calle, saluda a los ciudadanos, les da la mano y todo eso –dijo Alexandru–. Además, no es algo falso. Las personas han sido seleccionadas y el ambiente está controlado, pero no es una mentira. Simplemente es un ambiente artificial, pensado para ofrecer la apariencia de que mezcla con el pueblo.

–El problema es adónde vamos a llegar con todo esto –dijo el general–. El avance de la técnica para realizar un magnicidio o atentados generales masivos siempre va por delante de las medidas defensivas. No se puede proteger un lugar contra toda posibilidad.

–Podría llegar el momento en que todos los jefes de Estado tuvieran que estar totalmente recluidos durante su entero mandato –concluyó la coronel.

Al grupo se acercó la jefa de Alexandru. Le dijo que quería presentarle al viceministro de Obras Públicas. Los dos militares se quedaron solos. La coronel le preguntó si ese joven era importante. Él le explicó que había sido la mejor calificación de su promoción en Derecho y que después se había especializado en temas de economía y derecho.

–Lo importante no es si es listo o trabaja mucho –añadió el general–. Lo trascendental es la cercanía al Poder. Estar cerca es lo realmente importe. Si estás cerca, puedes llegar muy lejos.

–Yo puedo trabajar el doble de horas y ser más lista que él, pero si lo hago en un cuartel a dos mil kilómetros de distancia de alguien importante, seguiré toda mi vida allí –concluyó desesperanzada la coronel.

–Exacto. Veo que comienza a entender cómo funcionan las cosas.

–¿Y de qué depende estar o no cerca de alguien con un puesto importante?

–Depende de una cosa: de la suerte.

–Pero hay una diferencia, mi general, entre ese joven y yo: yo amo mi trabajo, amo al Ejército.

–Créame, ese burócrata de allí puede amar tanto sus números como usted al Ejército.

Capítulo III

Escenas de un funeral, encuentro con Adelaide



Cuatro años después. Año 2211.

–No sé por qué –pensaba Alexandru– pero a mi mente viene el recuerdo lejano, recuerdo de niño, del entierro que vi en la televisión, en directo, de la mujer del Cónsul Máximo Fromheim y entonces candidato a la presidencia de la Casa Blanca. A veces la muerte de inanición de un niño en algún lejano lugar del mundo nos deja impasibles. Y, sin embargo, lloramos como niños desconsolados el fallecimiento repentino de una mujer bella y rica.

El entierro de Calpurnia fue el más emotivo suceso emitido nunca por la televisión en toda la historia. Un fenómeno de masas, un acontecimiento social que golpeó los sentimientos de Europa y Estados Unidos. Calpurnia, la bella Calpurnia, tiroteada en un atentado. Su suave y tersa piel atravesada por el grueso calibre.

El funeral de Estado retransmitido en directo hizo llorar a cientos de millones de personas. Las lecturas funerarias intercaladas con los coros que cantaban composiciones de Tavener y Bruckner tuvieron lugar en el espacio central del Panteón Imperial. La música etérea y sublime aleteó por los espacios funerarios de la monumental cúpula pintada de azul con estrellas. Se leyeron los textos muy escogidos, mientras que desde cuatro grandes pebeteros se elevaban delgadas columnas de incienso que se difuminaban mucho antes de alcanzar el ojo de la cúpula. Toda la ceremonia se oficiaba bañada tan sólo en la luz cenital que desde aquel ojo de la bóveda penetraba pura y recta desde lo alto.

Los cuatro oficiantes de la ceremonia, revestidos de togas blancas, no pertenecían a ninguna religión. Pero realizaron (por razones exclusivamente estéticas) una mezcla sincrética de ritos que iban del budismo al hinduismo, todo ello con una sobria estética que recordaba en todo a la antigua religión romana. Era una ceremonia de despedida, en definitiva. Magníficamente orquestada, como una ópera. Como si un director de cine, hubiera dispuesto que en ese momento la situación requería de algún tipo de rito. Y se satisfizo esa necesidad. Después, todos se dirigieron hacia la zona de mausoleos donde reposaban sus parientes.

Toda la Familia Imperial iba revestida de luto. Todas sus prendas, sin la más mínima excepción, eran negras. Los hombres de la Familia y los senadores vestían togas negras como una noche cerrada. El resto iba con traje, pero también negro. El protocolo era

estricto y no hubieran dejado pasar a nadie que lo rompiera con una sola prenda. Ni siquiera el gris estaba permitido. Los funerales de la Familia Imperial eran muy estrictos en cuanto a las cuestiones formales y de etiqueta.

Todos los familiares pasaron con rostros férreos sin ni siquiera una mala sonrisa hacia la Guardia Pretoriana formando, también estos, con capas negras. Hasta el comandante dio con suavidad la orden de presentar armas. Lentamente avanzaban los ocho soldados que portaban el ataúd de la bella mujer. La caja tenía en sus dos costados cuatro figuras talladas, representando a atlantes que adosados a la caja trataban de mantenerla cerrada. Los ciento catorce miembros de la Familia Imperial se quedaron a cierta distancia, ante la puerta del pequeño panteón familiar. Únicamente los veinte más allegados entraron en la cámara mortuoria. Ellos y dos cámaras de televisión. El mundo entero en directo lloraba aquel funeral, el entierro de los despojos de los poderosos.

No sé porque me acuerdo de esta escena. A veces la muerte pobre y sufriente de un niño miserable en algún lejano lugar del mundo nos deja impasibles. Y lloramos como niños la muerte de una mujer cuya única virtud fue el poder.

Cuatro años después de esta escena, vino la muerte de mi querida Gertrud. La enfermedad de Sacarzger-Heim acabó con ella sin piedad. Se trataba de una mutación de un virus, una nueva

enfermedad. No había nada que hacer. Del virus sólo se sabía que era una de las 127 nuevas mutaciones aparecidas. Ya no encontraré a nadie con quien mantener conversaciones inteligentes y que tenga una cara tan bonita que me quiera precisamente a mí y a nadie más.

Esto es lo que le dije de modo confuso, entrecortado, a Clara Delclaux. Mi jefa, siete años mayor que yo, extremadamente rubia, de rasgos escandinavos. Los dos descansábamos en el centro de su salón en el piso 327 del lujoso edificio Manwaderhein, tras la cena tendidos sobre su alfombra, apoyadas nuestras espaldas sobre los cojines persas de seda, Yo había monologado. Bueno, más que un monólogo había sido un desahogo. Era la primera vez que me había invitado a cenar. En realidad, habíamos hablado poco fuera del trabajo hasta aquella cena. Ella me miraba. Estaba frente a mí. No separaba sus ojos verdes de mí.

Ella sacó otro tema. Ya estaba harta de oír desahogos. Había sacado un tema de profundidad, el tema de las nuevas aficiones de la Familia Imperial. Ese asunto era la comidilla de la ODI. No aparecía en ningún lugar de la prensa, pero todos mis compañeros del ministerio cuchicheaban en sus casas y en las oficinas acerca de esas nuevas aficiones.

–Mira –me explicó-, tú di lo que quieras, pero todo el mundo en el restringido círculo de la Familia Imperial está al tanto de la existencia de los ritos que se llevan a cabo en Palacio.

–Vamos... –fingí incredulidad para tirarle de la lengua–. ¿Qué hacen? ¿Comen niños crudos? Por favor, estamos en el siglo XXIII. Esto no es una tribu zulú de hace tres mil años.

–Querido, yo no he dicho nada de eso. Yo sólo... únicamente, han llegado a mis oídos, noticias de estrellas de cinco puntas trazadas en el suelo del Salón de los Cuadros, velas colocadas en sus extremos, sacrificios de animales.

–¿De animales...? Había oído que incluso de personas.

–Se dice que se ha llegado a degollar a algún pordiosero infeliz. Se dice que se ha llegado a arrancar vísceras de cuerpos vivos. Pero parece ser que se trataba de prisioneros, de condenados a la pena capital. Dicen que nuestro máximo magistrado es...

–Puedes decirlo claramente: el Anticristo profetizado por la vieja religión de los cristianos.

Clara rio estrepitosamente con ganas. Sus carcajadas resonaron en todo el salón.

–¿Te imaginas –exclamó Clara– que nuestro jefe...

Ella volvió a estallar en risas, pero esta vez nerviosas. Alexandru también se sumó a sus carcajadas, aunque con pocas ganas. Detrás de los amplios ventanales comenzaba a lloviznar una lluvia fina y persistente.

–Lo que te puedo decir –comentó Alexandru mientras volvía a tomar su alta copa de vino intensamente rojo y bebía un sorbo-,

es que mientras nuestros gobernantes sigan manteniendo esta política pragmática, esta contención de presupuestos, este freno a la inflación, por mí, cada uno en su casa, que haga lo que quiera, que crea en lo que quiera, que haga espiritismo, que practique ritos de macumba, o que su esposa le amordace mientras le fustiga con una tira de cuero. Creo en los presupuestos y en la optimización del funcionamiento de la maquinaria burocrática ministerial. Lo demás escapa a mi interés.

–Estoy de acuerdo contigo –también ella se sirvió un poco más de vino-. Pero la prensa amarilla, el cotilleo de vecindario, resulta tan... apasionante.



Un mes después

ALEXANDRU LLAMÓ AL TIMBRE DEL PORTAL. Era el portal de un edificio de tres pisos en el casco antiguo de Budapest. La voz del 3ºD les dijo que subieran. Allí estaba Alexandru acompañado de Adelaide, su pelirroja prima veinteañera. Su prima se dedicaba al periodismo. En cuanto supo ella que él estaba en aquella ciudad, le llamó y le pidió por favor que le consiguiera una entrevista con el Viacheslav Blagovic, secretario jubilado de Fromheim. Ella ni sabía dónde vivía, por más que lo había buscado. Pero sabía que era en esa ciudad. También pensó que probablemente no le concedería una entrevista. Pero con su primo Alexandru, podría tener la entrevista. Alexandru accedió sin mucho entusiasmo, pero le buscó la dirección y le dijo que le acompañaría si el encuentro no era demasiado largo, y que después almorzarían juntos. No veía a su prima desde hacía diez años y habían jugado tanto juntos de niños. Y allí estaban, subiendo las escaleras, era sólo un tercero. Fueron recibidos en la puerta del pequeño piso por la malhumorada y gruesa señora que cuidaba del secretario jubilado. En seguida tomaron asiento en el salón.

–Le agradezco de verdad el que me haya recibido –comenzó Adelaide.

El entrevistado movió la mano haciendo notar que no era nada. El entrevistado era un agradable anciano de unos setenta y tantos años, delgado, de facciones delicadas, y, aunque estuviera recostado en su sillón como derrotado por la edad, era evidente que aquel hombre había sido un verdadero dandy. Sus pantalones impecablemente planchados, el perfecto nudo de su corbata, la bata de seda estampada encima, le daban un toque sofisticación. Ese hombre envuelto en un aroma a lavanda y sándalo había vivido momentos de gloria en otros tiempos.

No era extraño, aquel hombre de apellido serbio había sido secretario del hombre más poderoso del mundo. Ahora, retirado desde hacía varios años, disfrutaba de una vida tranquila en su piso de Budapest. Su casa, de reducidas dimensiones, estaba amenizada con jacintos y unas florecitas de pétalos blancos con motas rojas.

–¿Cómo se llaman estas flores?

–Sagitarias.

Las plantas de interior se habían convertido en la gran pasión de esta etapa final de su vida. El jubilado, alejado de los círculos del poder, desde hacía ya mucho tiempo, había accedido a conceder la entrevista sin reticencias. Buena parte de los poderosos con los que se había codeado habían muerto ya. Habían pasado veintiséis años desde que dejó el cargo. Los años transcurridos le ofrecían

seguridad para poder hablar y contar algunas cosas sin temer problemas posteriores. Los protagonistas de su época de gloria ya estaban enterrados.

Después de unos cuantos minutos para introducir la cuestión, la entrevistadora le preguntó:

–¿Estuvo usted junto a Fromheim Schwart, cuando entró triunfal en Nueva York aquel 5 de mayo de 2188?

–Oh, sí. ¡Qué gran día! Cómo olvidarlo –el secretario esbozó una sonrisa de satisfacción. Era un episodio especialmente grato de su vida–. Yo iba en la comitiva. La hilera de imponentes limusinas oficiales, a mí me parecía interminable. Creo recordar que había un centenar. Pero en la parte central de la comitiva sólo once. Yo, como le contaba, iba en una de ellas, en la del Secretario de Estado, varios generales del Pentágono ocupaban sus asientos en la misma limusina.

–¿No iba en el vehículo descubierto del presidente Schwart?

–Oh, no, no. Por supuesto que no. Allí sólo iba su mujer y un escaso número de sus familiares más directos. Incluso sus ministros y el Secretario de Defensa iban detrás. El caso es que la escena que apareció ante nuestros ojos era maravillosa: la Quinta Avenida completamente engalanada para el desfile de la victoria. Todos los edificios, ornados con un sinfín de banderas norteamericanas, de todos los tamaños. Las aceras, literalmente atestadas, todos querían presenciar el desfile allí en directo, en vivo. Ese desfile estaba

siendo retransmitido por todas las cadenas del mundo. El espectáculo era espléndido, la gente presente ahí estaba enfervorizada. Por todas las ventanas caía una inacabable lluvia de confeti y serpentinas. No todos los días se conquistaba Nigeria, Camerún y Chad.

–Con esas conquistas los cimientos para el actual *Bellum Africanum* quedaron bien asentados –comentó Adelaide–. Estados Unidos y Europa consideraban prácticamente culminada la campaña africana.

–Sí, pero eso no era una mera cuestión militar. A partir de ese momento el presidente de los Estados Unidos no era ya un mero político: era un conquistador, un César, un hombre fuerte capaz de defender a la Nación de lo que hiciera falta. Capaz de poner orden, orden dentro y fuera de casa, en los asuntos domésticos e internacionales. Y eso es lo que el inconsciente de la gente anhelaba. El ciudadano medio no sabía mucho de enrevesadas cuestiones constitucionales, sólo deseaba un hombre fuerte que pusiera orden.

–Pero tampoco era tanto ¿no? Tampoco había ganado una guerra tan importante.

–Por supuesto que no. Aquella guerra estaba pensada como un gran espectáculo mediático, como un medio de unificación de la opinión pública alrededor de un ideal, de una cruzada. Se lo

repito: fue una guerra diseñada para los medios de comunicación. Una guerra para la propia gloria del conquistador.

–Resulta evidente que los Estados Unidos habían reencontrado el ardor de un nuevo patriotismo después de los hechos tan luctuosos de cuarenta años antes –convino Adelaide–. ¿Pero esa guerra realmente convenía a los intereses de los Estados Unidos?

–¿Eso qué importaba? La respuesta a su pregunta era aquel desfile triunfal por las calles de la Gran Manzana, el broche final de la campaña. Banderas, confeti, bandas militares, tambores, flautas traveseras. La cabeza del desfile la abría una formación de banderas de Estados Unidos. Una majestuosa formación de banderas sedosas orladas con flecos dorados. Después, una banda ataviada con casacas y tricornios, todos con uniformes coloniales, y tras ella los estandartes de los regimientos y las águilas de las legiones europeas que habían colaborado en la conquista de aquellos territorios del África central.

–Pero todo eso era puro teatro.

–¡Que va a ser teatro! ¡Esos estandartes se habían plantado en las capitales de aquellos países del corazón del continente negro! ¿Me entiende? Esos mismos estandartes. Aquello no era teatro, y la gente lo sabía. Por detrás de esta cabeza del desfile, la comitiva de coches oficiales. Y tras los brillantes coches negros, las filas de más de diez mil hombres en formación. Los generales, los héroes

de las contiendas, iban en todos terrenos militares, acorazados descubiertos. Sí, fue un espectáculo fantástico. La nación necesitaba algo así. La nación necesitaba sentirse orgullosa, restañar sus heridas, superar ciertos traumas. Le dimos lo que necesitaba. La cuestión menos importante era si esa guerra convenía a los intereses de... ¿de la Patria?, ¿de la industria? Eso era lo de menos. Le dimos al Pueblo lo que necesitaba el Pueblo: confianza y orgullo.

–Pero detrás de todo este espectáculo, detrás de todo este fervor patriótico, tras esta militarización progresiva de la sociedad, la gente se estaba olvidando de que el gobierno del Pueblo, por el Pueblo y para el Pueblo se iba quedando cada vez más atrás.

El anciano le miró, entornando sus ojos cubiertos de ligeras veladuras. Alexandru se sentía incómodo. Estuvo a punto de intervenir. Pero dejó que Adelaide hiciera su trabajo. Ella continuó:

–Allí, en olor de multitudes, iba ovacionado el primer dictador de la historia de los Estados Unidos. Había llegado la era del desencanto democrático, o si se lo prefiere el final de la inocencia constitucional. El entusiasmo por la Nación había sustituido al entusiasmo por el sistema constitucional.

–El primer dictador fue ¡Abraham Lincoln! –exclamó con ligero enfado el anciano.

Adelaide prosiguió:

–Después de seis años dictatoriales, hasta el Washington Post y el New York Times...

–Mire, no había nada que censurar en sus columnas de opinión. Todos entendieron la nueva situación. Ni la mayoría de los medios nacionales nos atacaron, ni nosotros tuvimos que censurarles. Cuando se trabaja con gente inteligente, da gusto. No es que hubiéramos enterrado a Montesquieu: es que le habíamos hecho picadillo. Eso sí, manteniendo nominalmente todas las instituciones.

–Ya veo que usted apoyó plenamente la línea de actuación de su jefe. George Bernard Shaw dijo: *No es cierto que el poder corrompa, es que hay políticos que corrompen el poder.* ¿Qué opina usted?

Aquel comentario no le había hecho mucha gracia al secretario retirado. El anciano volvió a mirar detenidamente a la entrevistadora que vestía chaqueta de pana, jersey de cuello vuelto y vaqueros. Se limpiaba la nariz, de tanto en tanto, con su pañuelo de papel. Estaba ligeramente resfriada.

La grabadora seguía su curso, cumpliendo su función, sobre la mesilla al lado del exsecretario. Era la grabadora del propio teléfono del entrevistado. No había permitido que Adelaide usara el suyo. Si ella lo grababa y publicaba sin su autorización, cometería un acto ilegal. El permiso escrito era necesario. Como toda la entrevista estaba grabada en el móvil del anciano, era él el

que decidiría al final qué salía publicado y qué no. Pero una cosa era borrar alguna respuesta de la grabación, y otra muy distinta era que la entrevista hubiera derivado hacia esa dirección. Aun así, el exsecretario decidió seguir con la entrevista. Tras un silencio que a la periodista se le hizo muy largo, el jubilado respondió:

–Para el año 2.155, resultaba evidente que la concentración de poder era un proceso inevitable. Fromheim tardó un cuarto de siglo en aparecer en la escena política del Capitolio. Ese tipo de presidente iba a aparecer antes o después.

–Reconozco que el sistema estaba debilitado.

–La prueba está en que las garantías constitucionales no pudieron resistir el impacto de aquellos que lucharon a favor de que ese poder se concentrara. El poder existía en esa nación, pero dividido. Nosotros lo único que hicimos fue concentrarlo. Era preciso. De otra forma, los Estados Unidos se encaminaban hacia el sendero del abismo. Los enemigos de la legalidad nunca han reparado en trabas constitucionales. Si los enemigos no reparaban en trabas, ¿por qué nosotros sí? ¿Por qué los defensores de la legalidad debían estar maniatados, y los delincuentes no? Había llegado el momento de poner orden. Por eso el partido se llamó Partido del Orden.

Adelaide no participaba para nada de toda aquella forma de pensar, pero decidió no insistir. Cambió de tercio.

–La vida de un presidente con poderes especiales, sobre todo al principio, estuvo continuamente amenazada.

El anciano notó perfectamente la insatisfacción de la periodista. Pero se alegró de que diera por perdida la discusión y cambiara de tema. El entrevistado se tomó algo de tiempo para responder. Su mente rememoró los tiempos del gran desfile en Nueva York, tras el *Bellum Nigerianum*.

–Pocas veces vi tan eufórico a Fromheim como en aquel desfile de Nueva York –comentó el exsecretario.

–¿Llegó a cogerle cariño?

El anciano se miró las manos, se las miraba y pensaba, después se las frotó con un aire de melancolía en sus ojos.

–Había entrado yo a servir en aquel cuerpo de funcionarios en los tiempos de su padre. Y alcancé el cenit de mi carrera profesional unos cuantos años antes de que él ganara las elecciones del 2182. La llegada de Fromheim me cogió en una edad en la que mi jubilación se acercaba peligrosamente. Cada Cónsul Máximo trae consigo a su secretario personal que ocupa el puesto de jefe del cuerpo de secretarios. Pero el resto del plantel se mantiene con no demasiados cambios. Fui el que más duró en aquel equipo tan cercano a la magistratura máxima. Pero con Hirsén era evidente que mi jubilación era inminente. Aun así, todavía ocupé mi puesto durante unos meses.

Hirsén no tenía afecto por nadie. Era exigente, implacable con los errores. En mi presencia, durante esos dos años, despidió fulminantemente a tres secretarios. Le vi abofetear dos veces a dos empleados. Perdía los nervios con facilidad. No se le podía contradecir. Era la típica persona que no te pedía las cosas sino que te las exigía. No le importaba para nada si tenías que no dormir durante una noche para prepararle unos papeles determinados. Además, después estaba su política. Su política internacional y nacional. Para mí era una perfecta medianía. Claro que ahora es peor, nuestro actual cónsul máximo es un perturbado. Menos mal que me jubilé. No me hubiera gustado estar sirviendo a un desequilibrado. Porque ahora tenemos a toda una nación al servicio de un demente. El problema era que la población entera parece haber caído en la demencia. Su loco discurso, ha sido el mismo durante tres años, pero parece haber contagiado a toda la población. En fin, me estoy yendo del tema. Volvamos a la legislatura de Hirsén...

–Sí, pero antes, me gustaría que me dijese algo sobre los proyectos megalómanos. Por ejemplo, ¿cómo proyectaron la campaña africana de tiempos de Fromheim?

–Para empezar le diré que yo no proyecté nada. Yo era un secretario, un secretario personal, no era ni un ministro ni un general ni siquiera uno de los consejeros del Presidente. Aun así, los secretarios nos movíamos de mesa en mesa repartiendo papeles, fotocopiando informes. Desempeñábamos nuestra discerta labor en

medio de las reuniones, mientras ellos hablaban, de manera que te enterabas de mucho. El cónsul tenía cinco secretarios personales, yo era el más veterano, también el más viejo. ¿Le he dicho que yo llevaba en ese puesto desde los tiempos del padre de Fromheim?

–Sí.

–Bueno, bien, el caso es que aunque yo no participara jamás ni en una sola discusión, le puedo asegurar que en el entorno presidencial la campaña se proyectó bajo dos premisas inamovibles.

Primera: la victoria nunca lleva a la paz.

Segunda: toda guerra es popular sólo los treinta primeros días.

Entonces, el secretario se perdió en mil detalles nimios acerca de los acantonamientos, la logística y toda la trastienda de la guerra. La entrevistadora vio con claridad que lo que a aquel hombre le interesaba, más que la guerra, eran los aspectos contables de la maquinaria de la guerra. Adelaide le hizo otra pregunta para reconducir la conversación:

–Aunque usted no estuviera ya allí trabajando, ¿sabe usted por qué Wilhelm Ruhmheld Schwart quiso ser conocido como Viniciano?

–Ah, bueno, él era un gran conocedor de la Antigüedad clásica. Amaba poderosamente todo lo perteneciente aquella época. De ahí que a nadie de su entorno le extrañase esa costumbre de añadirse otro apelativo de reminiscencias latinas. Costumbre,

por otro lado, nada inusual en el reducido círculo de la Familia Imperial.

–Pero han corrido muchas historias acerca de por qué ese nombre.

–Ya, ya, pero la verdadera razón es mucho más simple. Parece ser que a su padre o a su abuelo le llamaban de pequeño Vinicio. De ahí, que a él, después, se le llamase Viniciano, esto es, “el que proviene de Vinicio”.

Aquello ya se estaba alargando a juicio del anciano, y el exsecretario ya iba contestando con desgana a Adelaide. Y al cabo de un par de frases, interrumpió la respuesta que estaba dando y volviéndose a Alexandru, le dijo:

–Así que tú trabajas en la ODI. ¿A qué se dedica exactamente ese nuevo organismo?

El joven funcionario le explicó con detenimiento, con deferencia, las funciones encomendadas al nuevo departamento burocrático. El jubilado le escuchaba con verdadero interés. Los años alejado de aquellos despachos le habían hecho perder el paso de las nuevas reformas introducidas. Las cosas habían cambiado mucho. Pero escuchaba con lúcida atención cada detalle cambiado en la maquinaria organizativa de esas cimas en las que otrora se paseó.

Pero más que los cambios que ahora le eran explicados, lo que más le suscitaba interés era aquel muchacho. Su ímpetu, su afán, le recordaba a sí mismo cuarenta años antes. Allí estaban en aquel salón de estar el burócrata que comenzaba prometedoramente, y el funcionario retirado inmerso plenamente en el declive de su vida.

–¿Así que tú, en concreto, estás especializado en ese tipo de informes económicos?

–Sí, señor.

A veces, el viejecito parecía que no se enteraba mucho. Pero, de pronto, preguntó:

–Dime, Alexandru, ¿qué opinas del superávit en la recaudación que hubo el pasado año por el aumento no esperado del PIB?

–¿Se refiere al superávit de la república?

–Ajá –asintió con la cabeza.

–Pienso que es un espejismo pasajero. La economía de este trimestre experimentará una lenta ralentización, por la dependencia del este de Europa de la industria pesada. El consumo en esa región sigue débil.

El exsecretario sonrió satisfecho: la respuesta decidida y concisa del joven coincidía plenamente con su propia visión de la situación. Alexandru llegaría lejos.

Los dos siguieron hablando de temas económicos. Por primera vez, el anciano comenzó a reírse y a ganar en vivacidad. Adelaide observó con fastidio como la conversación de aquellos dos hombres se introducía en detalles de macroeconomía que a ella ni le iban ni le venían. Así que intervino y fue reconduciendo el tema hacia la época en que él ejercía de secretario del cónsul. El jubilado relató varias anécdotas sin demasiado interés. Tras un rato de preguntas blandas, Adelaide volvió a ejercer un periodismo agresivo.

–Disculpe que insista, ¿pero cree, usted, que éticamente estuvo bien el que desde los tiempos de Fromheim se proyectase fríamente el fin del poder del Pueblo en los Estados Unidos?

–¿Me habla usted de ética?

–Sí, le hablo a usted de ética, de licitud. ¿Fue una acción moral?

–¿Es esto un sermón?

Alexandru volvió a sentirse incómodo.

–Mantengo mi pregunta –insistió, tras esbozar una sonrisa cortés.

–Mire, su pregunta es acerca de si fue lícito acabar con el poder del Pueblo... Francamente, no sé de qué poder del Pueblo me habla. En Estados Unidos, como en el resto de las democracias, el poder era detentado por élites, por minorías que trataban de

conservar su poder político o económico. Y no hacían mal en eso, sino bien. Seguían la ley de la naturaleza. Pues todo grupo social tiende a mantener su supervivencia. Las luchas electorales eran, por tanto, luchas entre las diversas facciones de las nuevas aristocracias. Como es lógico y como siempre se ha hecho, esas luchas entre minorías formadas por nuevos nobles se hacen con el concurso del Pueblo.

–El Pueblo siempre estaba en medio.

–Sí, pero eran luchas del Pueblo para que al final una facción de poderosos reinase. Nosotros lo único que hicimos fue programar el relevo pacífico de una nobleza por otra, de una antigua nobleza más anquilosada por otra más nueva. Una élite con sus antiguos esquemas debía ser reemplazada por otra más dinámica, quizá más agresiva.

–Al final, ¿todo era un mero relevo?

–No, esto no era un mero relevo de unos por otros, sino que la nueva nobleza, la que representaba el Partido del Orden fundado en Europa primero y después en Estados Unidos, tenía en su seno un concepto más unificado, más racional, más efectivo de lo que debía ser el Poder. Unos esquemas más amplios, no tan parciales, acerca de lo que debía ser la política a largo plazo en nuestra nación y en el mundo. Como es lógico esa nobleza anterior más fraccionada, con un Poder mucho más disperso en parcelas,

sucumbió ante el relevo que se produjo en el año 2182. Digamos que los reptiles fueron sustituidos por los mamíferos.

–Pero los tres poderes....

–Olvídese de esos conceptos arcaicos –le interrumpió–, ya no existe más que un poder real: el Poder. El Poder con mayúsculas. El Poder por antonomasia. El Poder que lo amalgama todo.

Antes, en los siglos pasados, el Poder sobornaba parlamentarios, compraba gobernantes, enfeudaba jueces y alquilaba periodistas a tanto la docena. Eso era el pasado. Hoy día el Poder ha evolucionado en todas partes, también en Europa. Ya no hay que presionar a nadie: el Poder es una riada invencible que arrastra los obstáculos que encuentra a su paso. No somos nosotros los que arrastramos a nadie. Son algunos los que voluntariamente y a sabiendas se arrojan a la riada. Te unes o no te unes al nuevo modo implantado de administrar el gobierno de las naciones.

Adelaide, tan idealista, se limitó a hacer este comentario que sabía que enfadaría al exsecretario:

–No son malos tiempos, son malos hombres.

Extrañamente, el jubilado ni siquiera se encogió de hombros.

–Se sorprendería de lo “buenos” que eran antes de que llegáramos nosotros –repuso el anciano con ironía.

Se notaba que al entrevistado, tras una primera impresión de desagrado, le estaba gustando aquella lucha pugilística que ponía a

prueba su capacidad para defender lo indefendible. Por otra parte, si ella no hubiera venido, él estaría aburrido viendo la televisión. La veinteañera siguió, impermeable, alegando una serie de razones democráticas. El entrevistado le contestó con toda calma:

–Thomas Jefferson dijo: *Eterna vigilancia es el precio de la libertad*. Ellos no pagaron el precio. ¿Por qué ahora algunos, como actores gesticulantes, se escandalizan de que sucediera lo que sucedió? No pagaron el precio. ¿Es que no estaban avisados? ¿Es que no se lo advirtieron los Fundadores de la Patria una y otra vez al fundar la república? Sin embargo, ellos se relajaron, los vigilantes se cansaron, el Pueblo se desentendió de la política. Sí, ese Pueblo que usted tanto ama, ese Pueblo noble y bondadoso, ese Pueblo naturalmente bueno, naturalmente sano, se desentendió, dejó el asunto del Poder a los políticos. Nosotros no fuimos los culpables, los males tenían raíces, causas, que nos retrotraían a los comienzos del siglo XXI, y si me apura a finales del XX.

–El modelo de democracia liberal parte de una desconfianza radical, por principio, del ciudadano hacia el Poder, y busca un control implacable del gobierno y de la clase política. Porque, como acredita la Historia, toda precaución es poca. Y...

El anciano la interrumpió:

–Mi joven periodista... –él le miró con una sonrisa maliciosa–. Me conozco la teoría. Tienes razón, una vez más se ha

vuelto a demostrar en los anales de la humanidad que toda precaución en esta materia es poca.

Créeme, era una mera cuestión de tiempo el que el Poder se concentrase cada vez más en Estados Unidos, como lo había hecho antes en Europa a comienzos del siglo XXII. No sé por qué se extrañaron tanto algunos de que les pasara a ellos lo que habían visto que les había sucedido a tantos otros. ¿Pensaban que estaban hechos de otra pasta? Quizá pensaron que su democracia estaba recubierta de un barniz que no era de este mundo. Pero, efectivamente, lo comprobamos: eran meros seres humanos.

Mientras respondía, el vejete se había acercado a la ventana, y sin dejar de hablar, había mirado el hielo de la fuente que había abajo, en la calle. Los transeúntes enfundados en sus abrigo y guantes pasaban al lado con cierta celeridad. Adelaide seguía con su discurso, diciendo cosas tales como:

–Créame, no son las malas hierbas las que arruinan un jardín, sino la negligencia del jardinero. Y en los Estados Unidos los jardineros llevaban pecando de negligencia desde hacía varias generaciones.

Y bla, bla, bla. Esa chica seguía sin entender que un entrevistador no viene a convencer a nadie, pensó el anciano. Pero miró por la ventana sin dar importancia a la inexperiencia de esa joven. A su inexperiencia y ardor. Mientras ella seguía hablando,

el anciano, miraba a la calle desde arriba. Consideraba el tiempo que hacía: frío y nublado. Tenía suerte de estar allí dentro.

Cerró la cortina y regresó a su sillón. Ya comenzaba a andar con dificultad, en un par de años se vería obligado a usar bastón. Alexandru se mantenía en un exquisito silencio, pero se sorprendía del vigor con que el jubilado respondía a su prima, que, a ratos, resultaba un poco pedante. Alexandru hubiera intervenido. Pero pronto se dio cuenta de que existía una cierta tácita complicidad. La periodista pelirroja sentía la necesidad de atacar a alguien en concreto para expresar su frustración contra todo un régimen. El anciano, sólo en la casa, sentía un gran placer de que alguien se acordara de él. Era su momento de gloria. Esa mañana él se sentía como el protagonista.

Para un hombre perspicaz como él, siempre se le había hecho un poco áspero eso de estar tan cerca del Poder y, a pesar de ello, jamás participar en ninguna toma de decisión por pequeña que fuera. Esta entrevista suponía una pequeña satisfacción, mínima, pero, en fin, tampoco tenía nada que hacer aquella mañana.

Las preguntas de la periodista, cada vez más, se parecían a un alegato. Sin darse cuenta, estaba entrando en una especie de monólogo. Su primo tuvo entonces la certeza de que el futuro profesional de su querida prima nunca llegaría muy lejos. Tras una de las desacertadas preguntas de ella, el vejete se sentó con lentitud,

en su sillón, como si le doliera algo en la espalda, aunque quizá era sólo vejez, y recitó lo siguiente de corrido:

–“Somos más bien nosotros los que debemos consagrarnos aquí a la gran tarea que aún nos queda por delante: que, de estos muertos a los que honramos, tomemos una devoción incrementada a la causa por la que ellos dieron la última medida colmada de celo. Que resolvamos aquí firmemente que estos muertos no habrán dado su vida en vano. Que esta nación, bajo Dios, renazca en libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, jamás perezca sobre la Tierra”.

Alexandru no supo qué estaba recitando. Pero Adelaide sí que reconoció ese fragmento del *Discurso de Gettysburg* de Lincoln. ¿Cómo es que se lo sabía de memoria? El secretario Lo había recitado cansadamente, sin entusiasmo, pero después el secretario Blagovic había levantado las cejas como preguntando: “¿qué le parece?”.

–Vaya... se lo sabe de memoria –constató la periodista–. No me lo esperaba. ¿Admira a Lincoln?

–Por supuesto, él salvó la nación americana. Sin él esta entrevista no tendría lugar, porque no hubiera quedado una nación en esa parte del continente americano. Incluso las tierras del Oeste, no tengas la menor duda, hubieran conformado otras naciones independientes. Pero si le admiro no fue por eso, además yo no soy americano, sino serbio. Si le admiro, es porque ese discurso es pura

poesía. Y yo admiro la poesía. Pero una cosa es la poesía y otra la política. Y créame son dos ramas artísticas muy diferentes. Si el séptimo arte es el cine, el octavo es la política.

–Usted estuvo en su puesto desde la magistratura de Fromheim hasta la de Hirse. Hábleme de los hombres.

Blagovic no tuvo que pensar mucho su respuesta:

–Fromheim era la inteligencia, la clase, el *savoir faire*. Tenía casta de gobernante. Sencillamente, había nacido para eso. Sabía mandar. Da gusto ser mandado por quien sabe hacerlo. Todos los que le siguieron, a su lado, parecían unos aprendices. Y, sin embargo, al mismo tiempo era tan natural, aparentemente tan poco altivo.

–¿Y Hirsén?

–Hirsén, que se lo encontró todo hecho, era mucho más basto. A ratos era francamente descortés. Improvisaba fatal en los discursos y en las preguntas de los periodistas. Si le quitaban el papel de delante, estaba perdido. En su etapa final, estaba siempre enfadado. Su mal genio era bien conocido por todos nosotros, sus colaboradores. Y por si fuera poco, estaba enamorado de sí mismo. Hacía notar que estaba convencido de ser el más inteligente, el más astuto, el más diplomático. No lo decía, pero todos los que estábamos en su entorno percibíamos la opinión que tenía de sí mismo.

–¿Y Viniciano?

–Fromheim y Viniciano, sin duda, son las dos grandes figuras que he presenciado. En medio de esas dos figuras, el resto de cónsules máximos han sido figuras menores, con pretensiones, pero eclipsadas entre estas dos. Es como hablar de un Jimmy Carter o un Gerald Ford, al lado de un Franklin Delano Rooswelt. Es como hablar de un Felipe IV de España frente a un Carlos V. No tiene nada que ver uno con el otro. Estamos hablando de hombres de calidades diferentes.

–Ya veo que Hirsén y Holbein no son los ídolos a los que admira.

–Son medianías –el jubilado entornó los ojos como recordando una escena, y añadió tras una pequeña carcajada:– Me acuerdo de que Hirsén padecía de terrores nocturnos. Se levantaba de la cama, gritando, cubierto de sudor. Era algo muy comentado en la Casa Blanca. Nos lo corroboraron en el Palacio Imperial varios de nuestros compañeros. A la mujer de Hirsén le volvían loca las orquídeas amarillas, llenaba todo de esas flores. Era algo casi maniaco.

–¿Y Holbein?

–Holbein no duró nada... pero le conocí bien. Él tenía un perro de lo más antipático, siempre te ponía las patas encima. Pero fue un gobernante tan anodino, que no tengo anécdotas que contar

de esa época –y se volvió hacia Alexandru–: Oye muchacho. ¿Todavía está el viejo Nzeogwu por ahí?

Alexandru le contestó que sí. El viejo Nzeogwu del Chad seguía en su puesto, ayudando a los secretarios del cónsul. Alexandru y el entrevistado se enzarzaron en una conversación acerca de los viejos conocidos del anciano. La conversación se volvía a alejar de los intereses de la periodista, pero esta vez, a pesar de los intentos de ella, la conversación ya no se pudo reconducir hacia los temas que ella deseaba. El jubilado estaba cansado de tanta pregunta y su único interés era seguir preguntando hasta el infinito por los viejos conocidos. A Alexandru empezaba a hacersele tarde, así que la visita no duró más allá de un par de minutos más.

Adelaide sacó de su bolso, bastante grande, una caja de pastelitos rellenos de crema. Los había comprado en la pastelería más cara de Budapest. Le dijo al entregárselos que sabía que lo usual era darlos al llegar a una casa. Pero que, antes de entrar, había decidido que se los regalaría si realmente se los merecía. Blagovic, cojeando, les acompañó hasta la puerta.

Los dos primos comieron en una mesa al aire libre, en la calle Vámhám. Alexandru estaba un poco molesto de que ella hubiera sido tan incisiva en algunos momentos de la visita. Al fin y al cabo, la había conseguido por él. Y Alexandru no deseaba enemistarse

con nadie gratuitamente. Le hizo alguna velada reconvención, pero pronto olvidaron aquello y se pusieron a hablar de la familia. Alexandru, de niño, había pasado momentos muy felices con ella. Pero ahora eran dos mundos completamente diferentes.

Capítulo IV

El descanso de mis padres



Tres días después

–Mis padres están muy graves a causa de la enfermedad Kandhari-Farash. En sólo cuatro meses esa dichosa enfermedad ha provocado tumores a un sinfín de europeos. Menos mal que la ingeniería genética ya ha encontrado la solución. Desafortunadamente, demasiado tarde para mis padres. Estos días me siento muy solo. Y eso que hace un par de días me han ofrecido el cargo de secretario de un miembro del Consejo de Estado. Lo he rechazado amablemente. Ofrece más posibilidades para mi carrera mantenerme en mi puesto de la ODI. Mis padres... se hubieran sentido muy orgullosos de mí.

Alexandru compró un billete a Melbourne, donde ambos residían desde que se jubilaron. Aquella misma mañana, antes de embarcar, le habían llamado para comunicarle el fallecimiento de

su padre. Había tomado el primer vuelo, pero no había sido suficiente. En su asiento, le embargó la tristeza.

Ese día, era el mismo día en que se anunció que iba a caer un cometa en el Pacífico. De los 4.500 cometas que orbitaban en el sistema solar, justamente en unas horas iba a estrellarse uno contra el océano. No había ninguna preocupación. Se trataba de un cuerpo de pequeño diámetro. No provocaría ningún daño, salvo que, por mala suerte, le cayera justo a alguna embarcación encima. Pero la zona había sido delimitada con precisión en un área de unos 8.000 kilómetros cuadrados. Y allí ya no había nadie ni volando ni navegando. Esa área era pequeña en un océano de 161 millones de kilómetros cuadrados.

El asunto no alarmó a nadie, a pesar de que a la gente sencilla estas cosas sí que le creaban una cierta inquietud. Pero es que unos meses antes había caído un asteroide en Hungría. Tampoco había sido un objeto grande y no provocó más daños que un bonito cráter en medio del campo, fotografiado cientos de miles de veces por los periodistas ¿Qué estaba pasando? ¿Se estaba volviendo loco el cielo?

Aunque el principal desasosiego no eran tanto las preocupaciones celestes, como los informes a los que había tenido acceso en su trabajo acerca de los virus informáticos. La Red se volvía intransitable, no importaba lo sólidos e invulnerables que fueran los sistemas de seguridad en los accesos a sistemas. Bastaba

que un único programador, con toda frialdad, creara un virus de nueva generación capaz de introducirse en los archivos, de fagocitarlos de forma impasible; de mutar una y otra vez, incansable, su programación interna, para que el mundo entero padeciera pérdidas inimaginables.

Virus que, una vez creados, estaban ideados para crear en las CPU del mundo entero millones de versiones diversas de sí mismos. Versiones capaces de usar toda la capacidad de los ordenadores que parasitaban para crear y recrear cientos, a veces miles, e incluso millones de variaciones de sí mismos. Que a su vez infectarían el sistema entero, destruyendo archivos y programas del modo más aleatorio e imprevisible, del modo más arduo de rastrear.

Había virus que sólo borraban una línea de un solo programa del ordenador que parasitaban. ¿Pero qué línea era? ¿Cómo encontrar la dichosa línea entre millones? ¿Qué problemas, qué catástrofes, provocaría la ausencia de aquella línea? ¿Qué fallos en cadena causaría aquel vacío? El borrado de vasta cantidad de información era más detectable, pero el daño mínimo lo era menos. Cuanto menos daños provocas a tu anfitrión, menos detectable eres. El daño menor es a veces el daño mayor. Todo esto había sido hecho a ciencia y conciencia, con fría premeditación. El autor de ese daño no sacaba ningún beneficio. Era el placer del mal.

Y no sólo había mentes enfermas capaces de crear el caos con frialdad y para nada, sin ningún fin, sin ningún otro fin que la

búsqueda del daño mismo, sino que la misma patológica sed de crear el mal se daba en otros campos, en otros expertos técnicos. Había manipuladores genéticos que habían hecho en biología en los últimos 30 años, lo que sus hermanos informáticos llevaban perpetrando en la Red desde finales del siglo XX. Se había dado el caso de jóvenes becarios, trabajando en grandes proyectos de investigación, que en sus ratos libres creaban virus de diseño resistentes a toda penicilina, a todo tratamiento.

Un tailandés de 43 años creó toda una plaga biológica en el sur de Asia, bajo la forma de un inocente insecto. Mas un insecto proyectado para convertirse en una ruina. Era la versión biológica de los creadores de virus informáticos. Este tipo de mentes enfermas, de sádicos con bata blanca, eran estadísticamente sólo un 0'01 de la población, pero uno solo de ellos podía hacer mucho daño.

Alexandru estaba leyendo todas estas cosas en las noticias de su tableta, mientras trataba de distraerse de la fuente de tristeza que suponía la muerte de su padre. Mientras atravesaba la aduana, su madre moría. Tampoco a ella la podría ver con vida.



Diez horas después

ALEXANDRU ANDABA por un pasillo interminable, el pasillo era blanco, de una blancura y claridad propia de un centro hospitalario. Pero el pasillo, angosto, no estaba flanqueado por camas, ni por habitaciones, ni por enfermos. Sino por cilindros metálicos, relucientes. Cilindros de un metro y medio de altura, y un radio de 50 cms. En un orden perfecto y regular, estos cilindros de acero inoxidable flanqueaban ambos lados del pasillo. Los cilindros formaban hileras. Tanto a derecha, como a izquierda, había dos hileras por cada lado. El espacio del corredor era exiguo, de manera que había una cierta sensación de agobio. Por lo menos esa sensación sentía Alexandru, aunque a su lado la técnica de la bata blanca y la tarjeta de identificación colgando sobre su pecho, daba la sensación de estar plenamente habituada a ese entorno. El color negro de su piel contrastaba bellamente con el blanco de todas las vestiduras que llevaba. Hasta sus zapatos eran inmaculadamente nívicos.

–Bien, por fin hemos llegado –y le señaló dos cilindros tras consultar su tableta-. Es el 30.738 y el 30.739.

Alexandru se quedó en silencio durante algo más de un minuto. Su rostro se reflejaba deformado en la superficie curva de los dos cilindros. La técnica de su lado aguardó respetuosa. Ya estaba acostumbrada a este tipo de esperas, algo rutinario para ella. Alexandru sentía que no podía contener su emoción. Comenzó a sollozar. Allí, dentro de aquellos dos cilindros herméticamente cerrados. Varios tubos conectaban cada pequeño contenedor a varios aparatos. Pero estaban en la parte de atrás, fuera de la vista. Allí, dentro, estaban sus padres, crionizados.

En el testamento habían dispuesto todas las cuestiones legales y financieras para que sus cabezas fueran congeladas en nitrógeno líquido. Allí en el complejo de la compañía OTTL, descansarían en paz por los siglos. Alexandru no daba signos de emoción, pero interiormente acusaba la impresión del momento, trataba de imaginar aquellos rostros congelados en nitrógeno líquido a -192° . A través del metal nada se veía de aquellos cuerpos, pero la imaginación del hijo no hacía otra cosa que visualizar esas mejillas que tantas veces besó.

La técnica estaba allí a su lado, en silencio, pero ni siquiera le miraba. Inexpresiva, respetaba la intimidad del momento. Alexandru se resistía a marcharse, sabía que no volvería nunca más. El acceso a ese lugar era permitido una única vez a los herederos legales. Eran las férreas reglas de la compañía, comprensibles por otra parte. Las instalaciones no eran un cementerio de libre acceso.

La mirada de Alexandru seguía topándose con el mudo reflejo de su rostro deformado sobre la superficie cóncava del metal. Sus ojos se encontraban, una y otra vez, con su propio rostro, más ancho, irreconocible, silencioso. Pero lo que de verdad veían esos ojos no eran ese reflejo, sino a sus padres, detrás del metal, extremadamente gélidos, en un frío que era difícil de concebir. Un frío que casi le dolía. 192° bajo cero, recordó.

El metal era completamente opaco. Pensó que sus padres yacían en la oscuridad más perfecta. Le hubiera gustado asomar la mirada a ese interior lleno de oscuridad. Le hubiera gustado y le hubiera horrorizado. Sus ojos no podían mirar esos cilindros sin presentir las inanimadas figuras de sus interiores.

Habían pasado no mucho más de siete minutos, pero habían bastado para que Alexandru hubiese perdido la noción del tiempo y no supiese si llevaba veinte o cuarenta minutos. Así que acompañado de la técnico, indiferente, enfiló sus pasos hacia la salida. El complejo de pasillos era tan vasto que les tomaría diez minutos alcanzar el ascensor que les subiría de nuevo a las oficinas y vestíbulos donde había luz solar. Pues allí en aquellas entrañas del complejo nunca llegaba un solo rayo de sol. Las 200.000 cabezas congeladas a 192° bajo cero que allí descansaban no precisaban de luz solar ni de vistas ni de amplitud de espacio alrededor de los cilindros que les contenían.

Alexandru caminaba silencioso por el angosto pasillo. Delante de él, la técnica iba relajada, con su tableta en la mano, con la maquina rutina del que realiza ese trabajo todos los días. Corredor silencioso, pasillo flanqueado de aquellos depósitos del silencio. Cada uno de esos contenedores de acero con su número grabado en su superficie pulimentada, perfectamente lisa, sin el menor arañazo. Sólo en la parte de atrás había una pequeña ruedecita que regulaba con una llave los cierres automáticos.

Sólo los difuntos más recientes estaban en esas hileras a la vista, a causa de las visitas. Pasados unos meses, eran colocados en el interior de esas “paredes” que enmarcaban las hileras expuestas. Si se quitaba la carcasa, los recipientes cubrían todo el espacio desde el suelo al techo. Las hileras ofrecían un aire de dignidad y belleza minimalista. Pero las paredes sin las carcasas, daban al lugar el aspecto de un archivador de cabezas.

Aquel pasillo era para las cabezas crionizadas. Ocho pisos más abajo estaban los pasillos de depósitos para cuerpos íntegros. Cerca de cien millonarios, incluso, habían crionizado a sus mascotas. Allí había gatos, perros, alguna iguana, dos ovejas, etc. Era paradójico gastar millones de euros en mantener cuerpos inanimados, mientras seres humanos sanos, pero pobres, vivían en la más extrema indigencia. Esa pobre gente que estaba en lo más bajo, en el subsuelo, de la pirámide social de países paupérrimos,

trabajaba hasta quince horas al día para sobrevivir con lo indispensable; sin vacaciones de ningún tipo ni ninguna regulación sanitaria. Y mientras tanto, miles de millones se dedicaban a mantener incorruptos unos cuerpos que jamás volverían a la vida.

Alexandru sabía muy bien que esos cerebros, al cabo de decenios, estaban tan preservados como degradados. Mas la ilusión de poder regresar a la vida no entendía de razones. El espejismo de una quimera ofuscaba todo razonamiento y creaba decenas de miles de lucrativos complejos como ése a lo largo y ancho del planeta.

Si te vas a morir, piensas: “no pierdo nada por intentarlo”. La crionización, en cierto modo, ya no es ni cara ni barata si no vas a disfrutar de nada de lo que dejes. El precio del proceso que llegaba a la cuenta del interesado estaba totalmente explicado:

Hay que mantener la cabeza congelada cada hora de cada día del año. Diez años y veinte años, un siglo y otro siglo. Hay que pagar la limpieza del lugar, la seguridad, los seguros médicos y las vacaciones de los trabajadores. Los ingresos deben ser holgados para pagar al electricista y al fontanero del edificio, al servicio de marketing y a las recepcionistas de la entrada.

Mantener en estado de congelación cada una de aquellas cabezas implica una cierta cantidad de dinero colocada a renta fija en un banco; o en los fondos de la misma compañía.

El capital y los réditos del capital son los que mantienen los costes de cada paciente. Se habían multiplicado el número de las

fundaciones dedicadas a gestionar ese tipo de capitales inmovilizados e intocables. La mayor parte de esas fundaciones gestionaban ese tipo de fondos a través de la compra de bonos del Estado de renta fija. La seguridad era esencial en la conservación del capital confiado. Se habían dado varios casos de compañías menores que ofrecían los mismos servicios por mucho menos dinero, y que lo hacían invirtiendo ese dinero en fondos de renta variable.

Ya les había sucedido a algunas que cuando las cosas les fueron mal, habían quebrado. Y sus clientes, difuntos, se quedaron sin sus fuentes de financiación. Resultado: en la última quiebra de una de esas compañías, más de 5.000 cabezas fueron descongeladas.

Alexandru mientras salía del edificio, pensó en esa quiebra. ¿Qué habrían hecho con 5.000 cabezas? Alexandru no quiso imaginarse lo que debía ser sacar de las vasijas herméticamente cerradas la cabeza de un hombre o una mujer o un niño muerto cincuenta o cien o doscientos años antes. Debía ser el cometido más desagradable del mundo. Pero alguien tendría que hacerlo, vasija a vasija, una a una. Suponía que el contenido de aquellos depósitos acabaría en alguna macrofosa de algún cementerio. Porque desde luego la compañía quebró y no tuvo dinero ni para pagar un triste nicho a uno solo de los difuntos.

Por eso, este tipo de compañías y fundaciones (hay de los dos tipos) suelen ser muy conservadoras a la hora de invertir el dinero. No quieren escándalos. La renta fija del Estado suele ser el destino más común de esos legados monetarios. En cierto modo, se puede afirmar que esas cabezas estarán ahí mientras haya un Estado que garantice el valor de esos bonos.

Las estadísticas dicen que en el primer mundo un 8,62% de los que van a morir arreglan los papeles para ser hibernados. En las clases más altas ese índice estadístico es, incluso, algo superior. Eso supone una formidable cantidad de capital inmovilizado en la renta fija. Billones y billones de euros legalmente inmovilizados durante generaciones se supone.

Este vicio funerario es muy bueno para el déficit del Estado, ya que estas fundaciones invierten en bonos del Tesoro; pero es muy malo para la economía. Son billones innumerables de euros y dólares detenidos en cuentas bancarias que, en vez de circular por la economía, quedan atrapados para siempre en fundaciones. Cada año son incontables los descendientes que van al notario a heredar y se vuelven a casa con los bolsillos vacíos, descubriendo que la herencia está a plazo fijo bajo la vigilancia de los albaceas de tal o cual firma de abogados.

Hay economistas que afirman que la hibernación humana podría llegar a ser el fin de la economía. Otros defienden que esta costumbre, practicada a una escala masiva, sólo significaría una

inmovilización nominal ya que, al fin y al cabo, el dinero de esos plazos es invertido en el mercado bien por los bancos o por el Estado. Pero lo cierto es que, sea de ello lo que fuera, el dinero que antes fluía libremente, de esta manera queda encadenado, contenido por barreras de un tipo y de otro.

Éstas y otras cosas iban por la mente de Alexandru caminando por el vestíbulo de la empresa, escuchando el sonido de sus propios pasos. Dando la mano, a la técnica que le había acompañado, sin casi mirarle a los ojos. Mientras tomaba un taxi de camino a la casa vacía de sus padres, se dijo a sí mismo con fastidio:

–Vaya, ni siquiera en esta situación familiar puedo dejar de observar las cosas bajo el prisma de mi orientación profesional. Las cuestiones económicas. El trabajo, ciertamente, produce una deformación de la visión del mundo.

La mente de Alexandru regresó de nuevo a sus padres dejados atrás. A ellos, al fin y al cabo, les debía la vida. Se la debía a una decisión de sus padres. Y ahora estaban allí, abandonados. Nadie que les quisiera volvería nunca a visitarles. Al cabo de un poco, sentado en la parte de atrás del taxi, tomó su teléfono y le llamó a la técnica. Le había dicho que si tenía alguna duda, le podía llamar. Dos minutos después, le conectaron con ella. Alexandru le preguntó con cierto aire de desesperación:

–Oiga, mis padres... de verdad... ¿cuánto pueden durar en esta situación?

–¿A qué se refiere, señor Dumitrescu?

–Me refiero, a cuánto tiempo pueden ser mantenidos así.

–Los tejidos de los pacientes criopreservados pueden ser conservados indefinidamente; sin fin, señor Dumitrescu – respondió lacónicamente con tono neutro y glacial.

–¿Mil años?

–Y diez mil, y cien mil. No hay límite.

–¿Y la ciencia habrá avanzado lo suficiente como para poder reparar esos daños de las células, los daños de los que me hablaba antes?

–Mire usted, hace no tanto, nosotros estábamos vestidos con pieles de reno. Nuestra técnica no iba más allá de tallar puntas de flecha y encender hogueras. Imagine lo que podremos hacer dentro de medio milenio, o de dos milenios.

La técnica no se impacientaba. Formaba parte del trabajo que estadísticamente los familiares hicieran llamadas de este tipo en los días siguientes. Todas eran atendidas sin ninguna impaciencia. Pagar el servicio, implicaba pagar la atención de los familiares con llamadas como ésa. Sólo si las cosas pasaban de cierta medida, ciertos números eran atendidos no ya por los técnicos, sino por

personal no cualificado. Y, finalmente, por nadie, bloqueando ciertos números.

Alexandru era economista, en el campo de la medicina se sentía desorientado. De pronto le había entrado una gran preocupación por sus padres. Él sabía de números, pero la persona que le atendía tampoco era médica, sólo era una técnica especializada en mantener una determinada temperatura en el interior de esas cubas. Una técnica que respondía preguntas de familiares, que les acompañaba, que hacía las veces de relaciones públicas de ese complejo de la muerte.

–Oiga –le dijo con angustia a la técnica–, ¿y qué pasaría si dentro de unas generaciones se descubre cómo reparar esos daños y devolver a la vida a estos congelados? Me refiero a que el mundo se llenaría de este tipo de muertos vivientes. Además... sería un gasto fabuloso. ¿Tendría sentido el que algún presupuesto gubernamental dedicara grandes partidas a injertar estas cabezas en cuerpos nuevos?

La pregunta había sido formulada con mucha ansiedad, por eso la técnica no debió habérsela tomado a mal. Pero le respondió:

–Mire, yo no soy una vidente. Si me autoriza, le puedo poner en contacto con profesionales de la psicología que le ayudarán.

El comentario tenía un tono sarcástico. Les habían formado para no tener ese tipo reacciones. Pero se le había escapado el cansancio acumulado en las ya cinco horas de trabajo. Se esperaba

una explosión de ira al otro lado de la línea. Pero se encontró con un sollozo ahogado. Ella se arrepintió, un poco, sólo un poco. Y cambiando el tono, contestó seriamente a la pregunta que le había formulado.

Tras eso, Alexandru le dijo:

–Por favor, sólo una pregunta más.

La técnico dio un suspiro que Alexandru no escuchó. De nuevo, era su preocupación por la degradación de las células. La pregunta fue larga y confusa, pero la técnica se hizo cargo de cuál eran sus preocupaciones:

–Mire, señor Dumitrescu, a su pregunta o preguntas, hay dos respuestas: la respuesta para el neófito, dada a grandes rasgos y sin entrar en detalles, y la respuesta para el especialista. La respuesta para los primeros, y que no es falsa, es que casi -200° C cualquier proceso de putrefacción queda detenido en seco y la preservación de los tejidos biológicos es total. Créame, esos cuerpos quedan tan preservados como si dentro de estas cubas tuviéramos estatuas.

–¿Y respuesta para el otro grupo?

–La respuesta para el especialista, que creo que es la que me está demandando ahora, no la ocultamos, no es ningún secreto: La congelación cuanto más tiempo dure, más afecta a las estructuras biológicas de la célula. Las uniones de las proteínas se degradan. La actina y la miosina cambian sus estructuras moleculares.

Además, los enlaces de las células glandionares se rompen y se recombinan.

Alexandru acusó el tono duro de la respuesta. Ella estaba cansada y sus respuestas eran aceradas. Ya no hubo más preguntas. Alexandru se despidió en voz tan baja que quizá ella ni le escuchó.

Recostó su cabeza en el respaldo del asiento del taxi. El conductor estaba lejos, de espalda y tras un cristal transparente. Cerró los ojos y trató de aislarse. Sus padres eran las únicas personas que amaba. Pero ya no tenía esperanzas. Allí en ese edificio sólo preservaban a personas que hacía mucho que habían muerto. Aquello no era más que un intento de evitar lo inevitable.

Aquellos pasillos por los que había andado no eran más que una pirámide de momias tecnológicas. Un sepulcral archivo de muertos, la muerte congelada. Un archivo impoluto sin una mota de polvo. No se extrañaba de que hubiera sentido ganas de salir de ahí. Allí estaban sus padres y no los podía sacar. Sus voluntades y el dinero entregado sellaban el destino de sus cuerpos sobre este mundo.

Al salir del taxi, volvió a sentir el sol en la piel de su cara, la piel viva de su rostro. Era tan reconfortante. Estaba vivo. Estaba en Australia, al día siguiente debía volver a Europa. La vida continuaba. Pero al llegar al piso de sus padres, seguía sin quitarse de la cabeza aquellos metales que rodeaban a la Muerte. Recipientes que trataban de contener infructuosamente a la Muerte,

pero dentro de ellos sólo había muerte. En ese momento, sospechó que tal vez precisaría de ayuda psicológica durante algún tiempo.

Alexandru tuvo que tomar algo de medicación antidepresiva, pero se recuperó muy bien de la pérdida. Un ejecutivo de su nivel tiene que rehacerse pronto. Y él, hasta en eso, demostró una sorprendente capacidad para sobreponerse a todo lo que sobreviniera. En seguida, volvió a ser el de siempre, y una espléndida sonrisa volvía a estar colocada en su sitio. La vida con sus horarios y usos se reanudaban para él con toda normalidad.

Capítulo V

Cosas extrañas en un mundo técnico



Cuatro meses después

EL PISITO QUE TIENE HUTTER NO ESTÁ NADA MAL, en pleno centro, en el piso 127 del exclusivo sector Denburg. Entro y me quedo sorprendido de ver lo mucho que gana este alto funcionario que trabaja en el mismo edificio del Ministerio donde están alojadas nuestras oficinas de la ODI. Hutter, el ambicioso y joven Hutter, diplomático y cultivador de las relaciones sociales como nadie. No le había tratado mucho, pero el caso es que, por fin, voy a asistir a una de esas reuniones que son lo más de lo más, lo último entre los que trabajan en la cúspide de todos los ministerios, la última moda de la sofisticación entre los ejecutivos de alto nivel en las empresas. Una reunión casi... cómo diría yo... ¿esotérica?

Estamos aquí un grupo muy reducido, unos veinte. Un par de abogados del Estado, un alto director de departamento de obras públicas, tres empresarios, un subsecretario de un ministro... Sí,

hay un poco de todo. Aunque en esta reunión predomina gente de los Ministerios. Este tipo de reuniones “esotéricas” son la última moda, el último grito, lo más “chic” entre las capas altas.

Todos estamos charlando amigablemente en el cóctel que precede la sesión. Hay un aire de complicidad mezclado con un toque de nerviosismo, como de excitación de colegiales que se reúnen en la habitación de un internado para hacer espiritismo. Unos vienen vestidos de un modo formal, otros más de sport. Me resulta casi increíble que todos estos altos cargos, dentro de un rato, estén recitando mantras e invocando a no sé qué espíritus. Sé poco del asunto, a cada reunión invitan siempre a tres o cuatro nuevos. Yo soy de los nuevos.

Asisto con un poco de curiosidad, pero más que nada asisto para promocionarme. Aquí hay mucha gente importante, y que le vean la cara a uno es casi tan importante como hacer bien tu trabajo. Perdón, que te vean, relacionarte, es más importante que hacer bien el trabajo. Desde los primeros días de mi ingreso en la burocracia, he asistido a todo tipo de cócteles y fiestas, repitiéndome una y otra vez que formaba parte de mi trabajo, que no era ninguna pérdida de tiempo. Por supuesto que ayuda a subir en el escalafón estar dispuesto a ciertos sacrificios. Si estaba dispuesto a acostarme con una jefa o un jefe, ¿por qué no iba a asistir a una reunión espiritista?

Tras media hora de ostras y rojos vinos de la Riviera, ya empieza el anfitrión a apartar los candelabros de plata de la mesa

de su salón. Una mesa larga y rectangular. Todos se van poniendo más serios y van cesando las sonrisas y francachelas del cóctel. Nos vamos colocando alrededor de la mesa.

Tú ponte aquí, me indica tranquilizador, con gesto paternal, el jefe del control presupuestario de una sección del Banco Central. Me da unas palmaditas como diciéndome que “tranquilo”. Hutter ha bajado la intensidad de la luz del salón y va colocando velas sobre la mesa, como siguiendo ciertas líneas, como formando una figura geométrica. En el centro, colocan una imagen de Dagón. Tiene cuatro palmos de altura y está enteramente cubierta de oro.

Comienzan todos a repetir, medio cantando, unos mantras. Repiten y repiten, estoy callado, estudio sus rostros con el mayor disimulo que puedo. Quemán un poco de incienso en un brasero delante de la figura del ídolo. Se repiten una serie de invocaciones. Yo callo y no pongo el más leve gesto de desagrado, pero la escena me resulta grotesca. Que esos ritos estén siendo realizados por estas mentes privilegiadas, situadas en lugares estratégicos la sociedad. Estamos en el siglo XXIII.

Pero mi sorpresa llegó al máximo cuando los dos ayudantes del oficiante mayor se dirigieron a otra habitación y trajeron un cerdo. No podía creérmelo. Aquella mañana lo habían traído, a través de mensajería, como quien envía un perro. No habían tenido ningún empacho en declarar en los impresos de la empresa de mensajería que se trataba de un animal de compañía. Y allí entraba

el cerdo flanqueado de los ayudantes. Los ritos y plegarias continuaron. El cerdo no era sonrosado, sino oscuro, de un oscuro grisáceo. Sólo había visto este tipo de cerdos en fotos, eran los cerdos que se ofrecían a Hécate en la época clásica.

Después, con una maniobra realizada entre ocho (y en la que tenían experiencia) fue colocado sobre la mesa. Su hocico estaba fuertemente amarrado y tenía varias sogas que ayudaron a levantarlo hasta ese lugar. La mesa no era normal, sino reforzada por varios lugares. El animal sin beber ni comer en todo el día, y quizá varios días, estaba muy debilitado, ofreció poca resistencia. No obstante, allí estaban cuatro ejecutivos de varias empresas, agarrando cada pata.

El oficiante mayor comenzó a clavar ritualmente un puñal con inscripciones. Lo clavaba y lo volvía a clavar, no sé muy bien qué cosas recitaba el oficiante, porque esa escena tan cruenta eclipsaba todo lo demás en mi mente. No me lo podía creer. La sangre manaba por todas partes, abundante, caliente, muy roja. Resbalaba por la mesa, por el suelo, mucha sangre era recogida en vasijas, pero otra caía por todas partes.

Entonces abrieron en canal al pobre bicho de cara horripilante, los ritos siguieron con sus entrañas. En fin, aquellos horrores prosiguieron de diversas maneras quince minutos más. Después todo acabó en un silencio de un par de minutos, se tocó

una campana de bronce, dieron la luz y empezaron a recogerlo todo con una rutina maquinal.

En quince minutos, la sangre estaba fregada, los utensilios en sus cajas. El cuerpo del cerdo había sido antes despedazado en trozo pequeños, para poder ser succionado en el sistema neumático de basuras del edificio. Allí no había pasado nada. Tenían los presentes bastante práctica en recogerlo todo. Ya era una rutina en la que cada uno tenía su tarea. Y tranquilamente nos dirigimos a las mesas del cóctel que estaban a nuestras espaldas.

El anfitrión sacó unos sándwiches de tartar de salmón y caviar. Todos me preguntaban una y otra vez qué me había parecido la sesión de invocación y sacrificio a Dagón. Traté de dar la impresión de “¡fabuloso!” y “¡qué impresionante!”. Pero por más que me esforcé me temo que mis apreciaciones resultaron muy comedidas.

Yo, en realidad, les hubiera dicho: estáis todos como cabras. Pero no. Sabía muy bien que el esnobismo y el afán de medrar no tiene nada que ver con la locura. Y eso, y no la locura, era lo que reinaba en esa reunión. Los fanáticos eran sólo unos pocos. O tal vez la mitad, como mucho. A veces, cuanto uno más se mueve en un entorno sofisticado y técnico, más siente el impulso de participar en algo irracional. Yo estaba seguro de que aquella mezcla de dagonismo, espiritismo y ensalada de creencias teosóficas era una moda tan pasajera como inofensiva. Todos notaron que no estaba

muy entusiasmado en mis comentarios. Tampoco pude ya comer nada hasta que me fui una hora después. Tanta sangre y vísceras me habían quitado el apetito.

Holtzner, una de las presentes me acompañó a casa en su vehículo. Por el camino me iba explicando, parlanchina y alegre por el vino, que del puerco no se aprovechaba nada. Era tan sólo un elemento del ritual, todas las partes de su cuerpo se tiraban a los tubos de basuras del rascacielos. Asentí en silencio. ¿Creía ella acaso que yo esperaba que aquellos directivos y ejecutivos se pusieran a hacer embutidos con el cadáver del bicho?

Después me estuvo explicando todos los inconvenientes del transporte del animal a través de una empresa de mensajería normal. Pero que los encargados del departamento de la lucha contra los maltratos animales no les ponían ningún problema: habían recibido consignas desde más arriba.

Continuó explicándome como, en los templos dagonianos, se sacrifica una suovetaurilia: un toro, un cerdo y un cordero. Ella había estado en esas grandes orgías de sangre. Yo no deseaba otra cosa que meterme ya en mi cama y volver mañana a mis aburridos informes económicos.

Asistí en los siguientes años a un par de sesiones más. Sin entusiasmo. Por las mismas razones egoístas que asistí a la primera. Por más que me esforzaba por agradecer la invitación, todos

notaban mi poco ardor. De tal manera que estoy seguro que entre los adeptos era considerado como una persona cercana al dagonismo, pero nada más. Tampoco pretendía yo más.

Me pregunto cuántos de ellos eran realmente adeptos de la nueva creencia, y cuántos la usaron para establecer nuevas relaciones profesionales. Sea lo que sea, tampoco quise introducirme más en ese campo oscuro. Noté que en los consejos de dirección de los bancos y entre los políticos, cada vez se hacía más frecuente encontrar a gente con estas “aficiones”. Yo era indulgente, una sociedad sumergida en la modernidad, regulada por la ciencia, gustaba de este tipo de “escapes”. Juegos primitivos perpetrados por esnobs. Esnobs traviesos que en sus horas ociosas juegan a lo más prohibido. El placer de lo vetado.

Sobre mi mesa de trabajo, yo no quería saber nada de matar cerdos oscuros, sólo quería sumergirme sopesar los distintos informes de auditorías, que era lo último que me había pedido mi jefe. A la mesa del cónsul, llegaban muchos informes que contenían auditorías. No eran informes de auditorías, simplemente había muchos datos de ese tipo. A mi jefe, le habían dicho que se requería a alguien de fuera (la ODI era perfecta para eso) que sopesase todo eso e hiciese una criba, para concentrar la atención del cónsul en lo más importante.

Yo estaba concentrado en varios informes al cónsul acerca de desvíos de partidas presupuestarias, cuando entró la policía en las

oficinas. Lo vi a través de la pared de cristal de mi oficina. Fuera vi que todos se pusieron en pie sobresaltados.

Se llevaron detenido al jefe de otro departamento con el que compartíamos instalaciones. Cuando salieron los agentes, se rumoreó en varios corros que él había sacrificado a cuatro niños pequeños a Dagón.



Diez días después

WATATSUMI ES UN DIOS SINTOÍSTA MARINO, controla las mareas. Estoy flotando en medio del Salón Watatsumi de las grandes termas edificadas en el centro de Buenos Aires. Un viaje de trabajo, Argentina y Chile pertenecen a la federación de la República Europea. Son los únicos países de América del Sur que pertenecen a esa unión político-económica. En África hay un cinco países más y en Asia uno.

Me han enviado a inspeccionar ciertas supuestas fugas del presupuesto en las partidas de personal. En el Ministerio de Economía no se aclaran si tienen razón los auditores del Ministerio o los fiscales del Tribunal de Cuentas. Es un asunto liado, así que me han enviado a echar una hojeada y dar mis impresiones. La ODI, como era de esperar, ha pasado de dedicarse a seleccionar informes dirigidos al Cónsul, a implicarse más en la materia de los informes. Era una cuestión de tiempo.

De mi informe se decidirá si el asunto se tramita como algo interno en el Ministerio de Economía, o como materia investigable por Ministerio de Justicia. Llevo dos días y me quedaré tres. Pero

ahora, al final del día, me limito a flotar, a hacer el muerto, sobre esta agua ni fría ni caliente, perfecta. Debe estar justo a la temperatura corporal.

Flotando, abro los ojos y miro la bóveda cubierta de mosaicos a más de treinta metros de altura. Columnas de alabastro egipcio se yerguen en medio de estas aguas tan transparentes. El fondo es arenoso, de un tipo especial de arena muy blanca. Estas termas situadas en el mismo corazón del rascacielos Betancourt tienen un recorrido en sus canales de dos kilómetros de longitud. He estado nadando por los pasajes que unen los cuatro grandes estanques con nombres de divinidades acuáticas. Es un placer nadar aquí.

Los pasajes son cruzados por arqueados puentecillos de estilo veneciano. Siempre hay magnates y empresarios paseando por sus orillas, la mayoría desnudos, algunos cubiertos por una toalla blanca. Es un lugar muy exclusivo. Ahora floto en medio de este selecto estanque, en su mismo centro. Estoy relajado.

No dejo de pensar, de tanto en tanto, que los presupuestos de la república van bien. El gasto contenido. El gobierno del Estado es eficiente. Mi futuro profesional va viento en popa. Estoy contento. Me relajo flotando en el agua. Trato de no pensar en nada. El tiempo comienza a pasar. La vida me ha sonreído. Los números me han llevado a ese lugar tan elitista, donde después tomaré la cena más cara a cuenta del Estado.

–Señor Dumitrescu –me llamó un camarero desde la orilla.

Un camarero vestido de blanco, de forma elegante y discreta, me hizo una seña a diez metros de distancia. Nadé hacia el borde del estanque. Allí me esperaba, recto e inexpresivo como una palmera, el camarero sosteniendo un teléfono en su mano enguantada en blanco-. Señor, no es nuestra costumbre pasar llamadas a nuestros clientes, cuando están en el agua, pero es el Director General de la ODI, ha insistido mucho.

–Muy bien. Dígame...

–Hola, Alexandru. Mira ya me han dicho que estabas bañándote. Lamento estropear tu descanso. Pero me acaba de llamar el Ministro de Economía. Del Departamento del Tesoro le han dicho que hay que hacer un recorte de más de 100 billones de euros en el presupuesto.

–Es una gran cantidad. ¿Por qué tanta prisa? ¿Todavía quedan nueve meses para el próximo año?

–No, Alexandru. El recorte es para el ejercicio de este año.

–¿Qué me dices?

–Como tú eres el que preparó el mes pasado el informe acerca de la auditoría del Presupuesto General del Estado, y el informe anejo acerca de los futuros sectores donde se podrían hacer recortes futuros, he pensado que eras el más apropiado para consultarte por donde hacemos el recorte. De veras que es urgente.

–¿Y no es mejor que lo decidan las comisiones ministeriales de buen acuerdo?

–Fue lo primero que se pensó. Cada ministro asegura que es imposible recortar ciertas partidas. Lo peor es que en muchas de sus alegaciones tienen razón. Por eso se ha decidido que sea gente de fuera la que presente una sugerencia de recortes. Tú eres el más indicado. Habrá otros tres expertos independientes con sus respectivos informes. Tienen que estar sobre la mesa del cónsul antes de tres días.

–¡Tres días!

–Sí, deja lo que estabas haciendo en Argentina. Trabaja allí o aquí, pero ten el informe preparado y razonado en tres días. A las diez de la mañana del próximo jueves, lo quieren sobre la mesa. No puedes retrasarte, porque a esa hora ya está convocada la reunión con los consejeros del cónsul.

–Bueno, para empezar yo quitaría de un plumazo todos los fondos de investigación en el espacio. Los dejaría al mínimo, que era medio billón. Tendremos que renunciar a nuestra sonda hacia Alfa Centauri, a nuestra base orbital en Marte y a un par de cosas más, pero mira, son caprichos. El resto de recortes menores los encontrarás en mi informe Q-102, de hace una semana. Vale lo tendrás en ese tiempo, te lo aseguro

–Vale, gracias. Siento haber interrumpido tu seguro que bien merecido chapuzón. Puedes tomarte una cena en el restaurante más caro de la ciudad. Aunque ya sé que lo ibas a hacer.

–Siempre al servicio del Ministerio.

–Una cosa, ¿a qué se debe este imprevisto recorte? ¿Algún problema?

–Aquí hay quien dice que Viniciano tiene en mente otra guerra. Lo que sí que es seguro es que tiene que ver con algo que llaman “necrones”.

–¿Necrones?

–Sí, no tengo ni idea de que es eso. Pero para eso sólo se empleará sólo una parte de ese dinero. Es lo que oyó mi jefe en un pasillo, cuando salían del despacho de Viniciano varios de los pesos pesados. Está claro que hay algo en marcha, algo grande.

–Vale. Nos vemos en tres días allí. Trabajaré en este hotel.

-Vale. Hasta pronto.



Dos meses después. Año 2209.

ALEXANDRU ATRAVESABA EL VESTÍBULO PRINCIPAL de una de las megaestructuras de los ministerios. Allí, en el vestíbulo, camino de los ascensores, se topó con el general von Strupp. Ambos iban al Edificio Hergaard, un edificio adosado a la estructura principal. Al salir del ascensor en el piso 100, ambos siguieron juntos a pie hasta su destino. El diálogo discurrió por cauces habituales. Pero se apreciaba en el rostro del general un deseo de conducir la charla hacia otros derroteros. Poco a poco, la conversación iba enfilándose, Alexandru lo notaba. Después de ciertas vacilaciones, que apenas sí se notaron, finalmente, el oficial soltó lo que quería soltar:

–Dumitrescu, usted bien sabe lo peligroso que va a resultar para la Unión esta aventura en las que nos ha embarcado el Cónsul Máximo.

–General, si hay alguien que lo sabe soy yo. La ODI está encargada precisamente de eso, de gestionar la información.

–Por primera vez nuestro imperio se lanza al mundo de las creencias religiosas. Hasta hace bien poco, siempre había sido el pragmatismo y la racionalidad los que nos habían guiado. Ahora,

de golpe nos metemos de cabeza en una... aventura cuyo final sólo está claro para los autores de esta locura.

Alexandru creyó no haber escuchado bien, pero había dicho “locura”. Y estaba hablando con un general del Estado Mayor. El general miró a Alexandru, el militar decidió que era el momento de no andarse por las ramas.

-Mira Alexandru, la nueva campaña africana no tiene ni pies ni revés. ¿Qué sacamos en limpio conquistando 30 millones de kilómetros cuadrados? ¿Qué sacamos con poseer un continente? La Unión Europea no será más rica ni más próspera por colocar sobre sus espaldas todos esos países. Por muy anchas que sean nuestras espaldas.

-Mire, general, soy del mismo parecer. Le puedo decir que la ODI envió informes muy contrarios a esa campaña. Pero, una vez, más las extrañas creencias prevalecieron sobre el realismo.

-Alexandru, voy a ser directo: ¿estarías dispuesto a ayudarnos para promover un cambio en la cúpula de dirección de la Unión?

Alexandru no tuvo ninguna duda de lo que aquel circunloquio significaba. Significaba la conspiración para la eliminación física del Cónsul y su sustitución por otro miembro más moderado de la Familia Imperial, o incluso su sustitución por un miembro ajeno al clan y miembro del Estado Mayor. Alexandru miró al general, tenía que pensar muy bien lo que decía. Inesperadamente, aquel paseo

inofensivo se había convertido en una aventura peligrosa. De forma repentina, le entró la duda de que tal vez no se habían encontrado “por casualidad”. Podía haber simulado un encuentro casual. ¿Había sido fruto del azar el que el general le dijera que tenía que dirigirse al mismo edificio?

Alexandru pensó su respuesta. Una palabra un poco más allá o un poco más aquí, y se convertiría en reo de conspiración. Claro que tampoco le interesaba enemistarse con aquellos que defendían unas ideas que eran justamente las suyas. Podían ser los que gobernarán dentro de un medio plazo.

Alexandru miró al general. Sus ideas eran las del general. Pero no era razonable ahora embarcarse en una conspiración. Por lo menos, no por ahora. No, los medios de defensa, de autoprotección que poseía el Poder eran demasiado poderosos. Cualquier intento estaba destinado al fracaso; por lo menos, de momento. La fruta estaba demasiado verde para que pudiera ser recogida todavía.

No podía echarlo todo por tierra en un momento. Por mucho que comulgara con aquellas ideas, aquello era una mera cuestión de resortes de poder. Y, de momento, el grupo de descontentos carecía de suficientes resortes para intentar un golpe con probabilidades de éxito. Eso era algo que el general debería haber comprendido. Él era un militar, conocía el terreno que pisaba, era un estratega, pero a veces los sentimientos nos traicionan y no nos

dejan ver con frialdad las posibilidades de éxito que poseemos. Todo esto pasó por su cabeza en cuestión de cinco segundos, sin dejar de caminar. La respuesta de Alexandru fue firme y sin dejar de mirar al frente:

–General, voy a hacer como que no he oído esto último.

El militar siguió caminando a su lado. Ya no dijo nada más. También él se limitó a mirar hacia delante. Su rostro también se había vuelto pétreo, como el de Alexandru.

Por la tarde, comenzaron las dudas para el funcionario de la ODI. ¿Tendría que informar de que un miembro del Estado Mayor había tratado de atraerle hacia la comisión del delito de alta traición? El mero hecho de no informar de esta conversación era ya una traición. ¿Y si esta conversación había sido urdida como un modo de poner a prueba su lealtad? Un delito inducido para ver si informaba o no acerca de esta tentativa.

¿Quizá el Servicio de Inteligencia estaba haciendo catas en todo el escalafón de ODI para verificar de qué parte estaban las lealtades? Quizá esta conversación incluso había sido grabada. La certeza de que desde ese momento se le acababa de complicar la vida le produjo insomnio.

Capítulo VI

Enviado a Jerusalén



Un año después. Año 2212.

EN NOVIEMBRE, ALEXANDRU HABÍA CUMPLIDO CUARENTA AÑOS. Seguía solo en la vida. Ya no era un joven. Había aprendido mucho acerca de su trabajo, en lo suyo era un experto. También había aprendido a moverse en las turbulentas aguas de esa región burocrática. Él había envejecido, pero la república también. El Estado europeo era más fuerte que nunca, más rico que nunca. Pero esa república no era la que conoció de adolescente. La interferencia de la religión en la política siempre había sido un asunto muy espinoso para alguien pragmático como él.

En la historia de las naciones, alguna rara vez ocurría ese tipo de “intersecciones”. Pero desde el mandato de Viniciano el

gobierno de la Unión se transformó en una monumental y continua intersección entre religión y política. Primero la persecución contra los cristianos, después el adoctrinamiento de la población, finalmente la nueva guerra africana.

Hasta la misma ODI, por primera vez, se autocensuró. No éramos unos ingenuos como para no comprender que nuestro jefe tenía unos prejuicios contra los cuales no tenía ningún sentido estrellarse. No hay peor censura que la autocensura. Cuando te censuran, bordeas los márgenes, te acercas hasta el límite de la prohibición. Pero la autocensura es mucho más incómoda. No hay peor censor que uno mismo. Cuando te autocensuras, te alejas todo lo que puedes de los márgenes peligrosos; siempre te quedas muy lejos del lugar donde comienza el riesgo. No dudo que a algunos les hubiera parecido que nuestra actitud era indigna. Pero no, tan sólo realista.

Era patente que la prensa libre iba siendo desmantelada año tras año. Era evidente que las garantías constitucionales hacía mucho que se habían vuelto papel mojado. El general von Strupp había perecido con una inyección letal hacía ya siete meses. Su cuerpo inerte y el de otros quince generales habían yacido sobre las camillas blancas de hospitalarias habitaciones. Por supuesto, ningún medio de comunicación se hizo eco de la noticia. Probablemente, ni se enteraron en las redacciones del fallecimiento de dieciséis generales. Sobre las camillas había yacido tendida la última esperanza de regeneración de la república.

Ahora Alexandru daba vueltas, otra vez, a todas estas cosas mientras su aeronave gubernamental se dirigía a Jerusalén. El Cónsul había ordenado a la ODI que echara un vistazo al asedio de la ciudad para que le dieran una impresión general y una impresión ajena al entorno militar. Los miembros de su departamento se consolidaban como personal externo (ajeno a todos los intereses) al que pedir una opinión sobre cualquier tema. El Cónsul estaba impaciente por que se produjera la toma de esa ciudad. Aterrizó en una base militar de Tel Aviv.

Al pie de la escalerilla de su nave, le esperaban cuatro generales. Todos sabían que él era un mero civil, un mero burócrata. Pero ninguno de ellos desconocía que aquel hombre del maletín, Alexandru, era el enviado para transmitir una impresión general de cómo iban marchando las cosas. Cualquier sugerencia que él hiciera (sobre todo acerca del personal) sería llevada a cabo por el poder político en unos pocos días. Todos, por tanto, se cuadraron ante él. Aquellos oficiales acostumbrados a mandar sonrieron serviles. Las estrellas y galones seguían por detrás al hombre del maletín que iba recibiendo las explicaciones del Comandante en Jefe. Un todoterreno, seguido de cinco vehículos militares, les llevó directamente hacia uno de los campamentos alrededor de la zona de conflicto.

Veinte minutos después, Alexandru era conducido a lo alto de una torre, una de las doscientas torres de asedio a la ciudad de Jerusalén. Desde lo alto contempló la escena. La ciudad tenía un aspecto inalterado, alrededor de ella un muro de hormigón de unos diez metros de altura precedido por un foso de gran profundidad, aunque desde allí no se percibiese exactamente cuanta.

–Verá –le explicó el Comandante en Jefe señalando con su dedo-, alrededor del foso hay un extenso campo de minas de alta potencia. Y, además, todas esas torrecillas de la ciudad que se levantan cada trescientos metros son torres dotadas con escudos balísticos.

–Cada escudo balístico –explicó otro general—tiene capacidad para efectuar más de mil disparos, calibre Rum, en diez segundos. Ningún misil puede atravesar ese “muro invisible”.

Alexandru observó que miles de soldados con el uniforme claro de las tropas de la república se lanzaban hacia las murallas, en dirección a lo que parecía una pequeña brecha. Entre los efectivos, unos ingenios mecánicos como gigantescos trípodes disparaban proyectiles contra la brecha de la muralla. A causa del fuego efectuado desde la muralla los soldados atacantes eran derribados a centenares cada minuto.

–Ah, observo que se está produciendo un ataque –comentó inexpresivo Alexandru tomando unos prismáticos que

inmediatamente le pasó un coronel. Alexandru ni se volvió a mirar al coronel que obsequioso le pasó los prismáticos.

–Cada día, cada hora lanzamos ataques como el que está viendo. Nuestras ofensivas son constantes. Todo esto se podría solucionar en una hora, con tal de que el Cónsul nos permitiera usar nuestro poder balístico. Pero él quiere que la ciudad sea tomada por la infantería, no que la ciudad sea machacada por una gran explosión.

–Es su ardiente deseo recordar la toma de Jerusalén por Tito en el siglo I –añadió un general de inferior rango–. *La Guerra Judaica* de Flavio Josefo en versión del siglo XXIII.

–Una vez más la religión interfiere en la estrategia de la guerra –comentó otro general–. Esto es una carnicería continua. Miles y miles de nuestros hombres mueren ante esa muralla acorazada para que se recree una escena histórica –el final de la frase le salió al oficial un poco crispado.

–A nosotros se nos pide que cumplamos órdenes, lo mismo que usted exige sin contemplaciones obediencia a sus subordinados –repuso en tono seco Alexandru. De vez en cuando, había que dejarles clara la jerarquía a los oficiales. El Comandante en Jefe prosiguió sus explicaciones sin volver a mencionar sus reticencias, reticencias que por otro lado eran las de Alexandru.

–Mire, allí al norte y allí al sur disponemos de cien mil vehículos acorazados para lanzarlos en cualquier momento contra la primera brecha que se produzca.

–¿Esa brecha de allí no es suficiente?

–Enviarlos allí sería una matanza. Una brecha de ocho metros de anchura es insuficiente. Dese cuenta que hay un foso de diez metros de profundidad. Además hasta que no detectemos carencia de fuego en lo alto de algún trecho de la muralla no podemos enviar los acorazados. Miré allí. Los primeros acorazados fueron aniquilados en la primera andanada del fuego enemigo. Los aparatos ardiendo y desvencijados bloquearon el paso a los que venían detrás. Toda la columna se encontró sin poder ni avanzar ni retroceder. Fueron disparando contra ellos, aniquilándolos, hasta que toda la columna de acorazados quedó donde la ve.

–Los restos de la columna son ahora un obstáculo más para acceder a esa parte de la muralla –explicó otro militar.

Alexandru observó que todo el perímetro de la muralla estaba rodeado por un anillo de profundos cráteres que las últimas lluvias habían llenado de agua y fango. Las continuas explosiones iban remodelando diariamente aquella zona de cráteres. Los vehículos incendiados eran amasijos metálicos que constituían otro impedimento más. La zona se mostraba tan accidentada que sólo la infantería a pie podía ya atravesarla.

–Según las órdenes de Roma, atravesar esas tierras fangosas erizadas de trozos metálicos es tarea de la infantería. No podemos enviar unidades aerotransportadas. Las órdenes son claras, la infantería es la que debe tomar la muralla. Después se queja el Cónsul de que estamos demorándonos mucho en el sitio de esta ciudad. Si quiere continuar con esta ficción histórica, mucho me temo que no nos costará menos de un par de meses plantar nuestra bandera azul en la explanada del Templo.

Alexandru volvió a tomar sus prismáticos. Sus prismáticos electrónicos le mostraban cómo, a gran distancia de allí, una compañía de ingenios pesados (de diez metros de altura) y con seis patas articuladas avanzaban lentamente cerca de la muralla.

–¿Es que hoy es el día designado para una batalla especial? – preguntó Alexandru.

–Señor Dumitrescu, todos los días tenemos combates como éste. Es el poder militar de todo un continente contra una ciudad.

Alexandru observó con sus prismáticos que los disparos de los defensores, hasta ahora, impactaban ineficaces contra las corazas de esos ingenios. En la muralla cambiaron el tipo de proyectiles. Un minuto después uno tras otro, todos los ingenios atacantes ardían en llamas. Al recalentarse el interior, uno a uno explotaban.

Otros ataques tenían lugar en otros lugares de la muralla. Los efectivos ofensivos se repartían por el perímetro. Pero la ciudad resistía. Una veintena de drones judíos recorrieron la zona de los cráteres a velocidad supersónica, apenas hubo tiempo de verlos. En un instante habían quedado fijados miles de blancos en esa zona de batalla. Diez segundos después los misiles teledirigidos lanzados desde la ciudad sitiada alcanzaban sus objetivos sembrando la desolación en el trecho de suelo fangoso y colinas de tierra suelta.

Esa tierra de lodo y cráteres tenía una anchura de unos diez kilómetros. Y la zona de tierras devastadas formaba un anillo más amplio alrededor de la ciudad, un anillo de más de ochenta kilómetros de longitud.

La Ciudad Santa resistía. Los judíos de todo el mundo se habían gastado buena parte de sus fortunas en almacenar un formidable arsenal de armas. Habían preparado a la ciudad para algo así con antelación de varios años, sin reparar en gastos. A sabiendas de que sería una guerra a vida o muerte, una guerra de supervivencia.

–Vamos, si lo desea, al Centro de Mando del Cuartel General, allí le explicaremos más en detalle nuestras estrategias previstas. Queríamos que viera el escenario real de operaciones, pero ahora vamos a los detalles numéricos si lo desea.

–Vamos –Alexandru estaba disgustado, con mal sabor de boca, de ver como se gastaban fortunas del presupuesto en

aventuras bélico-religiosas como aquella. Para Alexandru, la Ciudad de Sion era una ciudad más. Qué interés podía tener el Cónsul en una ciudad como aquella. ¿Significaba algo para él?

El funcionario de la ODI, mientras, entraba en la aeronave militar acorazada que les tenía que transportar al Centro de Mando.

–¿Qué hay debajo de la Ciudad? –preguntó Alexandru que recordaba vagamente haber escuchado algo acerca del subsuelo en los informes que hojeó previamente a su viaje. –Debajo –le contestó uno de los generales que le seguían– hay todo un sistema de bunkers. Comienza a 50 metros de profundidad y se interna hacia abajo durante un kilómetro o kilómetro y medio. Lo conocemos bien por los infiltrados de la CIA antes de que comenzara el sitio. Allí se han refugiado todos los judíos del mundo, bueno a todos los que les dio tiempo antes de que se les cerraran las fronteras. Esa gente gastó buena parte de sus patrimonios en construir todo un sistema de túneles, de refugios de hormigón y acero capaces de resistir un impacto nuclear en la superficie. Una especie de arca donde encerrarse y guarecerse hasta que acabe cualquier tipo de ataque.

–Estamos hablando de un sistema de túneles de más 300 kilómetros de longitud. Y dentro puede haber entre unas 200.000 personas o unas 700.000 –añadió otro general. Alexandru se mostró sorprendido.

–Por los infiltrados que tuvimos antes del asedio, nos consta que cuando tomemos el perímetro exterior de la ciudad, ellos se refugiarán en un segundo perímetro interno. Hay unos cuatro anillos interiores. Y han dispuesto explosivos para que, cuando tomemos cada zona de la ciudad, ellos la puedan volar. Así que meteremos a nuestros hombres en una ratonera. Será una ratonera sucesiva.

Alexandru, por primera vez, no pudo evitar manifestar con su rostro el disgusto que sentía hacia esa situación. Fue un gesto tan claro, que los oficiales presentes supieron que, como ellos, pensaba que el emperador se había embarcado en una locura. Un general prosiguió:

–Y, por último, cuando por fin tomemos la última muralla interna, sabemos que tienen la intención de volar las 35 entradas al sistema de túneles. Y si excavamos hasta la parte intacta del túnel, volarán el siguiente tramo de túneles. ¿Se hace idea cabal de la dificultad que va a suponer toda esta operación?

–No se preocupen, informaré con detalle. En la Urbe tendrán en cuenta todos estas “dificultades técnicas”.

Capítulo VII

Japón, París, el mundo va cambiando



Diez días después

JAPÓN HABÍA INICIADO una gran ofensiva terrorista sobre Europa y Estados Unidos para minar su fortaleza económica. Una cadena de atentados que contaba a su disposición con la última tecnología, con el soporte de todos los resortes del Estado Nipón y con un presupuesto formidable. Japón estaba dispuesto a debilitar la maquinaria económica occidental a costa de las masacres y sabotajes que hiciera falta.

El servicio de inteligencia europeo había descubierto los cientos de operaciones que el País del Sol Naciente tenía en curso. Occidente movilizó toda su maquinaria militar, la movió hacia sus fronteras asiáticas. El mensaje era claro: si hay más atentados, es la guerra. Con toda la Marina en las proximidades de las aguas jurisdiccionales niponas y con cuatro escuadrones aéreos rozando, una y otra vez, sus límites fronterizos aéreos, para medir el tiempo

de reacción de sus defensas, el resultado no podía ser otro. Al final, alguien perdió los nervios y se produjo una confrontación en el Pacífico.

Fue una confrontación de cuatro cazas, que derivó en un combate y persecución entre una treintena de aparatos. Los misiles de cuatro barcos entraron en acción. Allí se descontroló la cadena de acciones y reacciones. La escalada se produjo en menos de cuatro minutos y allí se detuvo. Pero, para cuando se detuvieron, una base militar norteamericana había sido arrasada completamente por el abrumador despliegue balístico de un acorazado orbital.

¿Qué hacer? ¿Dar muestras de debilidad? Una represalia fue ordenada desde la Urbe en menos de diez horas. Tokio, de inmediato, ordenó una respuesta acorde. Todas las unidades estaban en máxima alerta. Algunos dudaron si todo acabaría allí. Pero pronto se produjeron nuevos choques en las aguas jurisdiccionales en torno a Japón.

Dos días después se abandonó la dinámica de represalias, los enfrentamientos ya eran generalizados. La guerra asiática era una realidad. La única guerra que la República Europea no deseaba.

Alexandru estaba inquieto en su despacho, nervioso. No podía concentrarse, sudaba, se movía intranquilo. Los anteriores conflictos africanos habían sido guerras muy localizadas. No

suponían ningún daño para la economía, al contrario estimulaban la demanda de producción armamentística e incentivaban un arranque de los presupuestos, en unos años de bajo consumo interno que precisaban de un aumento del gasto público. Pero la guerra contra la Unión Asiática era harina de otro costal.

No se empieza una guerra contra Japón, China y los dragones asiáticos, para animar el volumen del presupuesto nacional. Aquel conflicto no lo podían ganar los asiáticos, era una mera cuestión de cantidad de efectivos. Pero nosotros no lo ganaríamos sin sufrir terribles, espantosas pérdidas, militares y civiles. Ellos no podían ganar la guerra, ¿pero estarían dispuestos a bombardear nuestras ciudades? Habían dejado claro que sí; por lo menos a escala limitada, sí.

Y, sin embargo, no eran las futuras pérdidas de ingentes stocks militares ni las bajas civiles lo que tenían intranquilo a Alexandru. Eran preocupaciones económicas las que no le dejaban dormir en las últimas noches. Él sabía muy bien que en una situación así los inversores retirarían fondos, las rentabilidades serían menores, el crecimiento de la economía iba a experimentar una brutal recesión, y muchos fondos estatales billonarios deberían ser ahora volatizados (en fuego y humo) durante este conflicto. Billones de euros volatizados, porque un conflicto armado de grandes dimensiones precisa de efectivos. Los capitales se retirarían del mercado de inversiones para sufragar las necesidades más urgentes, la recesión era inevitable.

Al final del primer día después que se anunció la guerra con la Unión Asiática, Alexandru contempló como el 25% de los fondos de los cinco continentes huyeron de los mercados bursátiles. Japón retiraba todo su dinero para proceder a la defensa de su país. Al día siguiente, la bolsa cayó otro 30%.

Alexandru hundía su cabeza entre las manos en su despacho, todas las previsiones económicas de todos los ministerios eran papel mojado. Las cuentas hechas no valían nada. Ninguna partida presupuestaria seguía siendo válida. Todo debía ser rediseñado. Al día siguiente, el jueves, la bolsa de todos los países volvía a hundirse otro 18%. El viernes, cayó otro 5%. Todos pensaron que el ritmo de caída se estaba ralentizando. Pero el sábado, todo el sistema financiero volvió a perder otro 11% de sus fondos. Tres después, cualquier producto financiero valía un 0,9% que una semana antes. La inyección de capital por parte de los bancos centrales fue brutal. Cada día, de forma coordinada, se introducción verdaderos ríos de dinero en el sistema, para ver cómo se esfumaban. El torbellino de pánico arrastraba todo.

En dos días más, ocurrió lo inimaginable, los mercados bursátiles caían hasta el fondo, el pánico era absoluto. Hacia la mitad de este pánico, todo el mundo quería refugiarse en dinero efectivo. Pero hacia el final, los grandes inversores querían refugiarse sólo en materiales tangibles: cobre, oro, diamantes, acero. En los últimos días, ya no había nadie que no comprendiera que todo era papel mojado, que nada valía algo.

Un imparable efecto dominó iba arrastrando los capitales de todos los sectores, nadie veía el final del pánico monetario. La guerra iniciada podía producir más o menos pérdidas, pero aquel tsunami incontenible iba mucho, muchísimo, más allá.

Ya no había capitales por ningún lado. Las empresas, las multinacionales, empezaron a quebrar, una tras otra, a lo largo de esa semana. Eran como dinosaurios que se derrumbaban, como si de pronto les hubieran retirado la sangre monetaria. Pero después de diez días, ya no hubo más quiebras. Sencillamente, todo movimiento financiero se había detenido. Ya nadie sabía cuánto valía el dinero, ya nadie albergaba seguridad alguna de recibir algo por un bien entregado.

Cada día millones de personas iban a sus puestos de trabajo y se encontraban con que ya no tenían trabajo. Los técnicos económicos como Alexandru contemplaron el impresionante espectáculo de ver cómo las empresas débiles y vulnerables habían arrastrado a las medianas, y cómo el derrumbe de las medianas había arrastrado con sus cadenas, con sus interconexiones, a las más sólidas. Era como un abismo negro que iba tragando todo por fases. Y todo en medio de una guerra. Si esto ya hubiera sido difícil, inverosímil, controlarlo en tiempo de paz, en medio de una guerra resultaba imposible. Los asiáticos no querían ni hablar de un armisticio, lucharían hasta el final, hasta el último hombre.

Un Alexandru cabizbajo regresaba a su piso, con su maletín en la mano, sin ánimo alguno. Cada vez le parecía que le pesaba más ese maletín. Al abrir la puerta, se repetía que en la Historia había habido más bancarrotas del Estado. Claro que aquello no era una sociedad de agricultores y ganaderos. Si el Estado quebraba en el siglo XVI, los cultivos y los ganados seguían allí. Pero ahora si el Estado quebraba, no habría tejido industrial alguno dentro de un mes. Alexandru deseaba olvidarse de todo eso al volver a casa, pero no podía. Aquella recesión no era una mala racha, como pensaba la gente: era el inicio de una nueva etapa a la que no le veía fin.



Dos días después

ALEXANDRU PASEABA TRISTÓN. Caminaba solo por el paseo central de un pequeño parque del sur de la capital. Un camino desilusionado de tierra apisonada entre robles de gruesos troncos, las hojas marrones se amontonaban y alfombraban ambos lados del ancho sendero. Las hojas muertas, quebradizas, eran único testigo de la melancolía otoñal de aquel hombre de la gabardina. Levantó los ojos para mirar el tiempo. Las nubes económicas eran mucho más oscuras que las otoñales. Llevaba caminando tres cuartos de hora. Un bip-bip repetitivo y leve se hizo notar en el bolsillo superior de la gabardina.

–Hola, Giovanna –saludó Alexandru cogiendo su teléfono móvil.

Alexandru y Giovanna, buenos amigos, casi íntimos, se saludaron, se preguntaron cómo iban la salud y se dijeron durante medio minuto ese tipo de cosas. Después la conversación dio un giro, Giovanna fue la que cambió de tercio. Ella, funcionaria también, le preguntó si las cosas iban tan mal como parecía que iban. Estaba claro que el Estado estaba en situación de bancarrota financiera, eso no admitía duda alguna. Pero la cuestión por la que

ella le había llamado era para saber hasta qué punto esa bancarrota podía perdurar. Alexandru le confirmó en sus peores presentimientos. Y se lo confirmó no como una opinión, sino con la seguridad de un dictamen técnico que era una sentencia.

Giovanna quedó bastante entristecida ante el panorama tan desolador que le pintó su amigo. Después, antes de colgar, se pusieron a preguntarse mutuamente acerca de sus familias. Hicieron propósito de verse en un par de semanas. El ritmo de la conversación ya iba perdiendo vigor y encaminándose a su fin, cuando Giovanna repentinamente se acordó de un rumor que iba circulando de boca en boca entre determinados funcionarios de varios Ministerios.

–Alexandru, antes de colgar, ahora que me acuerdo, ¿sabes algo de lo del Templo de Dagón en la Urbe? Me refiero a lo del pontífice ese.

–Ah, la dichosa alcantarilla de rumores. Mira sobre ese asunto sólo sé lo que me refirió hace ya bastante Pietro. Pietro Re. El entró en el círculo más restringido del Templo.

–¿Participó en las ceremonias del último círculo?

–Sí. Y me dijo que en una cámara interior, una de las más profundas de ese templo infame, tienen el cadáver de un hombre crucificado boca abajo.

–¡Crucificado boca abajo!

–Lo que oyes. Con clavos. Lleva muerto meses o años. Está embalsamado por medios químicos. También está atado por otras partes del cuerpo al madero central, para que el peso no desgare las muñecas.

–Increíble. ¿Y quién es ese hombre?

–Parece ser que era un pontífice de esa secta: los popistas. El último Papa de la Iglesia Católica.

–¿Pero no fue ajusticiado hace años? ¿Una sentencia o algo así? Algo legal.

–Pues ahí está el problema. Públicamente así se dijo. Parece ser que premeditadamente se perdió durante su custodia. Ocultamente se le mantuvo prisionero en una base militar. Hay versiones que defienden que sí que hubo una ejecución, pero que se llevó a cabo sobre a otro. El asunto se condujo tan en secreto por parte del servicio de inteligencia que ahora hay problemas para saber la verdad. Toda la operación por la que se hizo pasar por verdadera la ejecución, la conocían tan sólo diez personas, además del Cónsul Máximo.

–¿Te refieres a Viniciano?

–El mismo. El caso es que el Cónsul falleció, y el último en conocer la operación murió en un hospital de Frankfurt hace un año. El resultado es que ahora no resulta sencillo para el mismo Estado saber si ese Pontífice murió o no en aquel ajusticiamiento

del año... ya no lo recuerdo. Pero sea quien sea el que está allí en esa cámara de ese templo, es lo de menos. Los altos jerarcas dagonianos creen que se trata de ese pontífice y practican sobre él ciertos ritos. Bastante desagradables algunos de ellos.

–Madre mía, qué historias. Alexandru, ¿no me lo puedo creer! ¿Cómo hemos llegado a esto?

–No lo sé, Giovanna, no lo sé. Ese trabajo de saber cómo hemos llegado a esto se lo dejo a los filósofos y a los sociólogos. Sólo me encargo de presupuestos y cosas así.



Tres meses después

CUATRO COMPAÑEROS DEL TRABAJO Y ALEXANDRU callejearon por París. Andaban junto a la Catedral de Notre Dame. Habían venido por un viaje de trabajo y querían aprovechar para dar un largo paseo por la ciudad y comer en un buen restaurante.

La sociedad seguía funcionando de un modo muy parcial, gracias a los vales de racionamiento y a ciertos puntos con los que se pagaba el trabajo y que eran canjeables por bienes. Se había procedido a una racionalización de todo el sistema productivo, centrándolo en lo esencial. Todos los recursos estaban concentrados en la supervivencia de la sociedad.

Alexandru y sus amigos entraron dentro de la mole de piedra medieval que era la catedral. Los muros de esa catedral habían visto a Napoleón, algo antes a las masas revolucionarias, después a monarcas de nuevo, más adelante a Hitler en su paseo fugaz en coche aquella mañana de 1940. Por sus techos habían caído centenares de granizadas y nevadas. Aquellas torres habían visto eclipses y cometas, la muerte del Imperio Soviético y el nacimiento de Internet.

Ahora la catedral entera daba la impresión de estar dentro de una grandiosa y descomunal cripta. Descomunales edificios cubrían todo, y la catedral se alzaba entre los extraordinarios pilares que sostenían las megaestructuras de encima. Los pilares por todas partes, a ambos lados del Sena, sostenían una verdadera ciudad superior dejando en la penumbra, una especie de penumbra gótica, a la vieja ciudad, al viejo París de siempre. Intacto el dédalo de calles del centro de la ciudad, tenía encima una urbe de 180 millones de habitantes. Casi todas las grandes ciudades del Viejo Continente se habían elevado hasta los mismísimos cielos.

El campo volvía a ser auténticamente campo, y la población se concentraba en el mismo centro de las poblaciones. Todas las viejas grandes ciudades de Europa se habían convertido en pequeños Manhattans. Urbes elevadas sobre pilares en el mismo centro de las primitivas ciudades.

El Manhattan que había sobre el viejo París era tan encantador como la antigua Cité a ras de suelo. No sólo había viviendas y oficinas, también había palacios de todos los estilos para la reducida parte más afortunada de la población. Jardines versallescós y puentes que conectaban unos rascacielos con otros. Sí, no todo eran funcionales masas arquitectónicas. Allá arriba había avenidas con estatuas monumentales, parques con lagunas y cisnes, e incluso una réplica exacta, a tamaño natural, del París del siglo X.

Alexandru y sus compañeros de la ODI, al salir de la catedral, se compraron un trozo de pizza pequeño para comerlo por la calle. Todavía faltaba mucho para la cena. En la plaza, frente a la catedral, situada a sus pies, había diez postes. Diez personas estaban atadas a ellos, un pelotón uniformado avanzaba marcando el paso hacia su puesto. Unos cuantos centenares de curiosos fueron congregándose delante, tomando posiciones para ver bien la escena, escena que se repetía cada día a la misma hora de la tarde.

El Sistema había sido durante mucho tiempo muy reticente a mostrar en público la crueldad de sus procedimientos penales. Pero gradualmente la agitación social había animado a hacer de la Justicia un espectáculo aleccionador. La marea de descomposición social seguía creciendo, había que tomar medidas rigurosas, ejemplares. Medidas draconianas para tratar de evitar lo que ya parecía inevitable. Había no sólo que hacer justicia, había que dar la impresión de que se hacía justicia. Y si no se podían investigar todos los delitos, por lo menos había que mantener el orden.

Y el Sistema cada vez estaba dispuesto a pagar un precio más alto para mantener el orden, para que las cosas no se escapasen totalmente de las manos. Aquel pelotón de fusilamiento era una prueba de ello. Cada día a la misma hora, allí estaban. El pelotón estaba ya formado delante de los postes.

Durante unos seis interminables minutos no se escuchó nada. Siempre hay procedimientos y formalidades antes de proceder.

Después, repentinamente, resonó muy prolongada la descarga de los disparos. Ya estaba todo hecho. Diez nuevos sentenciados reemplazaron a los anteriores. Una nueva descarga. Sin solemnidades, sin demoras en el arte de impartir justicia. Y así hasta completar el número redondo de cien. Cien presidiarios. Anarquistas, asesinos, pertenecientes a sectas, popistas, saqueadores.

“Hasta puede que, en algún poste, haya algún creador de virus informáticos”, comentó con sorna uno de los acompañantes de Alexandru. Pero no, la policía no estaba ahora para investigar cuestiones menores. A los saqueadores y agitadores era a los que más perseguía el régimen. Una peste que ahora se fusilaba sin contemplaciones delante de todos. Había que mostrar a la población que el Estado no permanecía de manos cruzadas. Cien fusilamientos al día en la plaza de Notre Dame era una buena propaganda en tiempos de agitación.

Alexandru seguía tomando su pizza. Aquellos ajusticiamientos tenían algo de maquinal, de proceso en serie. La catedral, como marco de fondo, cerrada, saqueada, profanada, le daba al acto un toque escenográfico inmejorable.

Los fusilamientos en público se habían implantado ya en París, Colonia, Madrid y Lisboa. Y en las próximas semanas se comenzarían en varias ciudades europeas más. Pero ni mil ni diez mil fusilamientos públicos contendrían a la masa miserable y cada

vez más hambrienta, cada vez más desesperada. Los fusilamientos, día a día, eran más frecuentes, pretendían ser aleccionadores, pero la lección ya no refrenaba una riada incontenible. El sistema social sucumbía como un barco que se escora. Alexandru lo sabía, lo sabían sus cuatro acompañantes de la ODI, que se alejaban del lugar haciendo cada cual sus comentarios con sus pizzas y bebidas en la mano. Paseaban bajo los grandes haces de luz solar que penetraban entre los intersticios de las moles arquitectónicas.

El viejo París con sus edificios de seis, siete alturas, era como si estuviera entre los pilares de una gigantesca catedral, entre los haces de luz rectilínea que penetraban no por los ventanales, sino por los huecos entre los muros colosales que seguían su curso hacia las alturas, hacía las cúspides de unos rascacielos acabados en agujas como las del Chrysler Building. El viejo París, aunque menos soleado, había ganado mucho en misterio. Era el encanto de una ciudad decimonónica de techos de pizarra, sumergida en una tenue y siempre crepuscular luz gótica.

Capítulo VIII

Investigando cuestiones inútiles



Dos días después

ALEXANDRU ESTABA SENTADO A UN LADO DE LA MESA. Sobre ella un bloc de notas, una pluma, un ordenador portátil. Al otro lado de la mesa, una mujer de origen africano, Ayana, un poco nerviosa. El traje de sastre de Alexandru y sus maneras pulidas contrastaban con la mujer que tenía enfrente, una mujer muy del montón en su vestimenta, en su hablar, en todo. Una mesa y dos sillas, la pequeña sala de colores grises y fríos en la que se encontraban no tenía ningún otro mobiliario. Una sala en el centro de uno de los edificios de los Ministerios.

–Vamos a ver, señora Nsongan, vuelva a explicarme todo eso otra vez.

Alexandru hablaba, interrogaba, inquiría, con seguridad. Como quien sabe que tiene todo el Poder detrás. Él era los ojos del Poder. Normalmente sus inquisiciones solían ser sobre temas

presupuestarios. Sobre filtraciones en los presupuestos, partidas perdidas, desvíos subrepticios, esa era su especialidad. Pero también investigaba de vez en cuando casos de corrupción, encubrimiento premeditado de datos a la burocracia superior por parte de autoridades inferiores, etc. Y entre esos casos también había algún otro como el que ahora le ocupaba. Encargos desde la más alta instancia sobre asuntos muy concretos. Asuntos en los que a veces Alexandru, por más que se esforzaba en comprender, no podía encontrar entidad suficiente como para que de ellos se encargara un organismo con un personal tan especializado como el de la ODI. Y muchos menos encargos como éste en el que debía investigar hechos acaecidos en el año 2209.

–Pues mire –comenzó preocupada otra vez Ayana–, yo en ese año era sargento del cuartel militar Covenburg, situado al sur de Roma. El día 4 de junio de 2008, a las 19:30 horas, guie a un grupo de oficiales hasta el sector 38 del cuartel. Llevaban a un hombre, anciano, prisionero. Aquel hombre fue encerrado en una habitación de la residencia de suboficiales. Les conduje hasta ese lugar, yo había recibido órdenes de la teniente del cuartel. Se encerró a ese hombre, como le he dicho. Me llamó la atención el hecho de que las veinticuatro horas del día había siempre diez soldados vigilando aquella habitación. Eso me llamó la atención. Pero allí estuvo sólo un día.

–¿Dónde se lo llevaron después?

–Debieron considerar que no era suficientemente seguro, así que lo trasladaron a los calabozos de ese cuartel. Un cuarto de hora antes, dieron órdenes de que vaciaran esos calabozos, todos. Aquello me intrigaba. ¿Quién era ese civil? ¿Por qué estaba en una prisión militar?

–¿Le custodiaban soldados de su cuartel?

–Sí, todos eran de mi cuartel. Menos dos civiles, vestidos con trajes negros, que eran los que realmente mandaban allí

–¿Hablaron ellos con usted?

–Lo mínimo indispensable. Debían tener instrucciones de no entablar conversación con nadie del lugar.

–¿Sabían ellos a quien custodiaban?

–No, no lo sabían. Sólo habían recibido órdenes de hacer aquello y ya está. Estuvieron con nosotros la primera semana. Después, la custodia del prisionero pasó enteramente a ser responsabilidad de un comandante.

–Aquel hombre prisionero ¿salía alguna vez a pasear?

–Nunca, jamás. Durante los años que estuvo allí no salía jamás. No le estaba permitido, me imagino. No querían correr riesgo alguno.

–¿Hubo algún registro donde apareciera el nombre del prisionero?

–No. Aquel cuartel no contaba con prisión, con una prisión de verdad. Sólo había calabozos para arrestos menores de soldados rasos. Lo único que se hizo fue meterle en una habitación y vigilarla. Para eso no se rellenó ningún formulario ni nada.

–¿Cuánto tiempo estuvo allí recluido en la base?

–Pues no lo sé con seguridad, creo que unos cuatro años.

–¿Sabía alguien de la presencia de aquel hombre en la base?

–Sí, algunos sí, aunque no demasiados. Pensaban que era un espía o algo así, algo turbio.

–Debo insistir, usted no sabe el nombre ni la razón por la que estaba allí aquel anciano, ¿sospecha al menos de quien se trataba?

–No, nada de nada. Además, ya le he dicho, después se lo llevaron. Sólo sé que trajeron un hombre y lo custodiamos. Nada más. Mis órdenes venían de la teniente de la base. Una vez el coronel me comentó que las instrucciones procedían de las más altas instancias. Nunca me especificó nada más.

Alexandru tomaba notas, de vez en cuando, pocas, en el bloc sobre la mesa. Aquel hombre recluido durante años en aquella base militar parece que era Bernardino Monterosso, también conocido como Lino II, Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. Y allí estaba el problema. Oficialmente el Papa había sido ejecutado en la arena del Coliseo Máximo en el año 2209. Años después, aparecieron versiones de funcionarios que indicaban que el que había muerto

en la arena del Circo había sido otro. Que el verdadero fue confinado.

¿Por qué podía tener interés en mantenerle con vida? Pues porque mientras él estuviese con vida, cualquier otra elección de un sucesor sería nula. No creo que en esos momentos hubiera otra razón en mente para aquella medida. Y no era una medida sin importancia. Ya que si aparecía en la clandestinidad un nuevo sucesor al papado, el Estado podría sacar a la luz al pontífice recluido, y eso supondría que la Iglesia volvería a estar descabezada. El Papa confinado tampoco podría renunciar. Porque, aunque tuviera intención de ello, tampoco podría comunicarlo a nadie.

El problema, después de tantos años, era saber qué había ocurrido realmente. No estaba claro si en realidad Lino II había muerto, y lo que se rumoreaba de que se le mantenía confinado era, en realidad, una estratagema. ¿Había sido confinado durante años y ahora secretamente recluido en el Templo de Dagón? La versión oficial había sido durante años la primera: estaba muerto, había sido ajusticiado. Pero relatos como el de Ayara, que pudo ver su rostro un par de veces, no dejaban tan claro qué había sucedido.

La entera verdad, fuera cual fuera, sólo la conocieron un grupo reducidísimo de personas, unas cuatro personas: el Cónsul Máximo, el director del Servicio de Inteligencia, el subdirector y un miembro más de esos Servicios. Tal vez el secretario del Cónsul.

Pero esas pocas personas habían muerto ya. Nada se había hecho de forma oficial, no había documentos, todo fue oral. La investigación se tornaba muy complicada. De hecho, la investigación ya se había comenzado siendo Hurts Cónsul Máximo.

Fue entonces, en ese año, cuando el cónsul Hurst preguntó enfadado y sin dar crédito a lo que había oído: ¿¡Cómo es posible que el Estado tenga prisionero al Sumo Pontífice y no sepamos dónde!? ¡Y ni siquiera sabemos si de verdad lo tenemos!

El Emperador recibió el informe de Alexandru unos días después de entrevistar a Ayana. El informe era muy meticuloso con los datos. Pero el resumen era que un determinado hombre estuvo recluido al principio por varios miembros del Servicio de Inteligencia, en el cuartel de Covenburg. Pero, al transcurrir los años, se fue reduciendo el número de hombres que le custodiaban. Al final, los calabozos volvieron a ser usados como tales por el cuartel. El anciano era custodiado tan solo por un soldado sentado en el mostrador del pasillo.

En ningún momento, ni los agentes del Servicio Secreto que lo custodiaban ni el coronel del acuartelamiento tuvieron conocimiento de la identidad del confinado. Había habido una orden desde la más alta instancia y no hubo más explicaciones. Todos comprendieron que ni les habían dado explicaciones ni

debían pedir las. Los tres altos cargos de la cúpula del Servicio de Inteligencia que llevaron a cabo todo esto ya habían fallecido. Cuando falleció el último, la verdad sobre lo que realmente había pasado sólo la conocía la emperadora Adriana. Muerta ésta se llevó el secreto a la tumba.

El sucesor en la dirección del Servicio Secreto ni siquiera conocía acerca de la confinación de un hombre en una base militar entre cientos, miles de estas instalaciones castrenses. En su informe, Alexandru transcribió una grabación de cuatro años antes en el que el general Duchamps se excusaba diciendo: “Tengo 100.000 agentes sólo en las oficinas centrales de la capital. Si todo el asunto se tramitó de forma extraoficial sin introducirlo en nuestros archivos, no me pregunte si hay un hombre confinado en algún lugar, en alguna base militar”.

Aquel general tenía razón, si las cosas se llevan de forma extraoficial, después uno se puede quejar de que los archivos no contengan esos datos.

Resumiendo: Era indudable que los servicios secretos en el año 2210 habían esparcido el rumor de que tenían confinado al Sumo Pontífice. Pero todos creían, dentro del Servicio de Inteligencia, que aquello era un rumor para deslegitimar un posible cónclave que se pudiera reunir para elegir sucesor. Cinco años después, el rumor falso del Servicio de Inteligencia parece que era

verdadero. Los que supieron la entera verdad ya no se encontraban en el mundo de los vivos.

El Emperador actual montó en cólera al leer el informe de Alexandru y exigió que, en veinticuatro horas, estuviera sobre su mesa un informe del Servicio de Inteligencia. El informe de estos fue taxativo, aquel confinamiento nunca había existido: el verdadero Papa murió en el año 2209. Pero dos días después, en una conversación privada, el Comandante General del Ejército le dijo que aquel informe se debía a que el Director General sabía que su puesto pendía de un hilo. Y que había comprendido que lo mejor era defender que la versión oficial había sido la verdadera y zanjar el asunto. El Emperador pegó un puñetazo en la mesa y llamó en aquel mismo momento al Director de la ODI. Y así, por esa razón, Alexandru se encontraba por segunda vez revisando con la minuciosidad de un relojero pieza a pieza todo aquel asunto.

—¿Pero, vamos a ver —le preguntó la jefa de Alexandru aquella misma tarde—, resulta tan difícil agarrar del archivo una fotografía y sus datos biométricos, y comprobar si la cara del supuesto cadáver del Templo de Dagón es la cara del Pontífice?

—Vamos a ver. Ni siquiera estamos seguros de que allí haya ningún cadáver. Pero un registro de ese tipo sólo lo puede ordenar el Emperador. ¿Está usted dispuesta a pedir ese registro a Hurst?

La jefa se quedó en silencio un instante. Los círculos dagonianos formaban un verdadero Poder dentro del Poder. ¡Un

registro de la policía en las cámaras más internas! No, era demasiado. ¿Para qué perder el tiempo si Hurst, al final, no lo iba a autorizar? Alexandru continuó:

–El cadáver del Sumo Pontífice, o por lo menos del sujeto que murió en el Circo Máximo –prosiguió Alexandru–, acabó en una fosa común. Imposible un análisis de ADN. Aferrémonos a ese hecho y cerremos el informe con una seguridad. Eso es lo que quiere Hurst en el fondo.

–Sabes que pienso que eso sería lo mejor. A lo que nos deberíamos estar dedicando es a cuestiones relativas al mantenimiento de la sociedad. Lo que la gente quiere es comer y tener electricidad en casa. Y nosotros perdiendo el tiempo en estas cosas.

–¿Entonces qué le decimos al Emperador? –concluyó Alexandru.

–Lo veo claro: Lino II murió en el año 2209 y punto. No le ofrezcas los resultados con vacilación, afirmaselo categóricamente. Y si él tiene tiempo y ganas que se lea el informe entero –estaba sobre la mesa, cien folios-.

Las conclusiones no cambiaban los destinos del Imperio. Pero aquel informe estaba en medio de todas las conjuras y enemistades entre el Servicio de Inteligencia, el Ejército y la burocracia imperial.

Mientras la jefa de Alexandru se levantaba y acompañaba a su subordinado hacia la cafetería, ésta le dijo:

–Durante todo este tiempo me he estado preguntado por qué ese hombre, ese tal Lino II es tan importante.

–No te haces idea de hasta qué punto ese hombre era importante. Ese hombre era portador de un bacilo. Una bacteria patógena que debe ser desarraigada por todos los medios. A cualquier precio.

–Vamos, Alexandru, no me vengas con esas. Sé que te interiormente se ríe de toda esta política religiosa de los ideólogos recostados ahora junto al poder. Usted como yo no creemos en nada.

Alexandru iba a replicar algo, pero calló.

La jefa captó la réplica reprimida de su subalterno. Le miró y ella añadió:

–Tú como yo en lo único que creemos es en obedecer bien las órdenes que nos dan. Creemos en la eficiencia. Por eso hemos llegado adonde hemos llegado –con la mano dio una ligera palmada en la espalda de Alexandru, como queriendo decir que era mejor zanjar la conversación sobre temas religiosos allí.



Diez días después

ALEXANDRU SUBÍA POR EL ASCENSOR del en otro tiempo aristocrático Hotel Honnencourt en Cracovia. Fuera una nevada densa caía inmisericorde, otra más sobre el metro de nieve que cubría toda la ciudad. Dentro del acristalado amplio ascensor la temperatura era perfecta. Alexandru estaba sentado en el sofá del interior del ascensor frente a la pared-espejo veteada en tonos óxido rojo que tenía delante. Se dirigía tranquilo al piso 89 junto a los tres efebos rubios, casi albinos, de dieciocho años que le acompañaban sonrientes. El teléfono móvil sonó.

–¿Sí? –respondió con laxitud y cansancio.

–Hola, soy Alain.

–Ah, ¿qué tal? Estoy en Polonia.

–No te vas a creer lo que le ha pasado a Cryopregenetic Co. Me he enterado hoy por un amigo, que hace un mes se les cortó el suministro de electricidad. En realidad se cortó el suministro de electricidad para todo el Estado de Minneapolis. La empresa funcionó con sus generadores autónomos durante una semana. Pero después... se quedaron sin electricidad. Y todas las cabezas

crionizadas en sus tanques se descongelaron. Después de una semana comenzaron a pudrirse. Más de cincuenta mil cabezas podridas.

–¿Y qué hicieron?

–Cuando dos semanas después, ¡dos semanas!, fue devuelta la electricidad. quisieron congelar los tanques como si no hubiera pasado nada. Si ninguno se iba de la lengua nadie se enteraría. Pero conforme los empleados no fueron cobrando sus sueldos, uno a uno, todos los que estaban al cuidado de aquello, fueron abandonando los turnos en los silos de almacenaje. Finalmente todo quedó abandonado y los tanques descongelados. La empresa quebró, así que nadie fue allí a retirar el contenido de los recipientes.

–¡Qué barbaridad!, pero no me extraña lo más mínimo. A mis padres los tengo crionizados. Pero de verdad que no me importa lo más mínimo que les suceda algo así. Para mí, están completamente muertos. De todas maneras, ya nada me sorprende.

–¿Estás en Polonia? ¿Pero no me dijiste que te querías marchar una semana a Australia?

–Sí, pero después de cuatro horas de espera en el aeropuerto, tratando de conseguir un billete, me di cuenta de que ninguna compañía me podía asegurar que hubiera un vuelo de vuelta. Si me iba lejos, me podía quedar allí tirado. Así que me he venido a un

lugar cercano. Cracovia es un lugar perfecto para unos días de descanso.

–¡De vacaciones! ¡En medio de todo este *maremagnum*!

–Mira, lo necesitaba, no podía más. Tenía que descansar.

–Bien, bien. ¿Ya conocías Moscú?

–Ajá. Moscú no me ofrecía seguridad, el frente de la guerra asiática está demasiado cerca.

–Ya veo que te has decidido por un lugar a mil kilómetros de la línea de batalla.

–Y que conste que mil kilómetros me parecen pocos. Aquí, además, la situación de colapso económico es espantoso. Este hotel en el que ahora me encuentro, se mantiene porque treinta trabajadores han decidido seguir trabajando sin sueldo alguno. Todos esperando a que la situación mejore en el futuro. Ilusos. Menos mal que, al menos, el sistema de antenas de la telefonía móvil sigue funcionando.

–No te confíes del teléfono móvil demasiado tiempo. Ése es mi campo. Y te aseguro que antes de una semana el sistema fallará. Me refiero a que fallará integralmente.

–Bien... hasta ese momento lo usaremos.

–¿Cuándo vuelves?

–Me fui ayer y vuelvo pasado mañana.

–¿Has ido a Polonia sólo para dos días?

–Necesitaba un respiro, de verdad, alejarme. Ya sé que dado que ya nada puede asegurar las comunicaciones se nos ha pedido que ninguno de los funcionarios de alto nivel nos alejemos de la Urbe. Pero... necesitaba un respiro, iba a estallar.

–Oye, tengo una cosa que preguntarte. No te llamaba tan solo para contarte lo de Minneapolis. He leído tu informe sobre los presupuestos y las perspectivas de situación económica a largo plazo. Nos lo han pasado ya a todos los funcionarios del escalafón B de mi sección. ¿Es verdad que la situación es tan mala? Aquí algunos hemos pensado que quizá nos están diciendo estas cosas desde arriba para prepararnos psicológicamente a los apuros económicos que nos esperan en los próximos años, ya sabes, a veces hacen cosas así, pero...

–Mira ¿qué informe os han proporcionado?

–Lo tengo aquí... el 328-A.

–Pues bien, que sepas que el informe 328-B, que no os han pasado, es mucho más demoledor en sus conclusiones. Esto no es un crack de la bolsa o de las cuentas del Estado, es un colapso total, absoluto. Todo ha quebrado. Entiendes. Todo.

–Pero si ha vuelto a circular el dinero. Por lo menos, algo de dinero.

–El dinero no va a valer nada. Y cuando la comida falte, como va a faltar, hasta límites que ahora no sospechas, la gente se va a deshacer del dinero, de las cantidades que sean, por comprar un poco de pan. No importa lo que creas que vale ahora el dinero. Deshazte de él, compra lo que sea. Me entiendes, lo que sea. El dinero no valdrá nada en cuestión de un par de semanas. Y sigue mi consejo: compra alimentos. Dentro de seis meses nadie te dará una barra de pan ni por mil millones de euros.

–¡Pero si el Estado ha nacionalizado toda la industria y se encarga de racionar los alimentos que se produzcan...! El dinero valdrá más o menos, pero valdrá algo.

–Esto es información reservada, pero, atiende, vamos a tardar no menos de tres años en alcanzar un nivel que nos permita proporcionar al menos pan o maíz o patatas para alimentar a los 9.000 millones de ciudadanos que viven en nuestras ciudades. La mayoría de los campos de cultivo están irreversiblemente contaminados con productos químicos procedentes de la guerra.

-Ya pero...

-¡No, escucha!, ¿has leído el párrafo segundo del primer capítulo?

Alain no pudo responder, un bombardeo estaba cayendo sobre Praga donde él se encontraba en ese momento. Alain dejó caer el teléfono al suelo, miró hacia todos lados en medio del estruendo y salió corriendo hacia las escaleras. Los misiles estaban

haciendo saltar por los aires el centro económico de Praga. Varios edificios se desmoronaron justo al lado del rascacielos por cuyos pasillos se encontraba corriendo.

Capítulo IX

Tatiana, insomnio, recuerdos



Dos meses después. Año 2213.

ALEXANDRU LLEGÓ A SU PISO. Llegó cargado de papeles, cargado de trabajo, con la agenda llena de preocupaciones y de llamadas que tenía que hacer. Nada más abrir la puerta se encontró con Tatiana. Su medionovia Tatiana le recibió con un beso, y con una copa de vino en la mano. Tatiana era de una belleza sin par. Era bella por los cuatro costados, dieciocho años de belleza. Era simplemente perfecta. Alegre, de voz seductora y con una cabecita completamente vacía. Alexandru podía dar fe de que dentro de aquel cerebritito no había nada. Quizá por eso estaba siempre con una sonrisa en la cara, con los dieciséis altavoces de la casa a todo volumen atronando música tecno, con su atlético cuerpo agitándose

a ritmo frenético para perder todas las calorías de los helados de fresa que le gustaban hasta el frenesí de la gula.

La relación con Tatiana duraba medio año, pero ésta era sólo la segunda vez que se había atrevido a dejarla sola en su casa, la segunda vez, desde que juzgó que había ya suficiente confianza para ello. Alexandru no le hizo mucho caso a la jovencita aburrida que le saludó desde su habitación, fue directamente a su sofá, consultó la agenda de su mesilla, desenfundó su teléfono móvil y marcó.

–Menos mal que te encuentro, Deborah. Llevo llamándote todo el día. Los del ministerio no lo ven todavía claro. Se lo he repetido hoy una y otra vez, desde el director general al último consejero. Debemos empezar ya a construir campamentos para recluir al funcionariado más vital. Si los campamentos no están listos habrá que concentrarlos en bases militares. (...) Vale, vale. Lo dejo en tus manos. (...) Hasta mañana.

Alexandru en su sofá se sumió en sus pensamientos, que en ese momento eran preocupantes. Pero la que no era nada preocupante era Tatiana que se aproximaba a él con otra copa de vino en la mano. Ella se sentaba a su lado, le tendía un brazo, pero Alexandru aunque físicamente en su sofá parecía que seguía con la mente en su despacho. Su cara con los ojos cerrados mostraba bien claro que estaba pensando, que no había abandonado todavía su

puesto de trabajo. Tatiana hizo un intento de aproximación, un intento de nuevos besos.

–Tatiana, ¡por favor!, estoy pensando –el tono de Alexandru había sido desagradable, pero no de enfado, el tono era más fatigado que arisco.

–Vengaaa –ella hizo otro meloso intento.

–No, no, lo siento, ahora no.

Ella se fue a la cocina y no volvió a aparecer. Alexandru, dos llamadas telefónicas más tarde, se acercó a Tatiana, suspiró y le explicó:

–No sé si te has dado cuenta de que ha habido un total derrumbe financiero. No sé si para ti eso significa algo. Un colapso económico en medio de una guerra con Asia. Me gustaría decir que estamos al borde del abismo. Pero en realidad estamos ya cayendo por el abismo. Millones de personas van a morir de hambre en Europa. Ellas no lo saben, pero yo sí. Los números mandan. Y nosotros conocemos esos números. Ahora el Gobierno está decidiendo a quien le dará y a quien no los vales de comida. De hecho, estoy tratando de convencerles de que hay que agrupar a la gente a la que se va a alimentar. No se les puede dejar mezclados en medio de la población. La pugna por la comida va a ser espantosa y la policía no va a poder mantener el orden.

Tatiana le escuchaba, pero su sonrisa no se le helaba. Ella, al final, le pasó su copa de vino y se limitó a decirle:

–Tío, siempre con el mismo rollo. No te emparanoies, colega. Allí arriba, donde estás tú, hay gente muy lista. Seguro que se os ocurre algo.

Alexandru la miró. Era tan guapa.

–Tatiana, créeme, esto se hunde.



Veinte días después

ARRIBABA UN TREN a la estación en medio de la noche, en medio de una gran nevada, miles de personas en los andenes, y el gran tren de tres pisos de altura entraba en la silenciosa Kolhbahnhof. Miles de personas en los andenes, cargados todos con bolsas y maletas, huyendo de la ciudad. El gigantesco tren tenía capacidad para siete mil personas. En la estación, esperaba más de diez veces esa cantidad. Hubo que meter a algunos hasta en el gimnasio del tren. Alexandru, en su casa, meditabundo, contemplaba toda la escena desde su piso, desde los altísimos ventanales del salón de estar.

A 128 pisos de altura, miraba silencioso hacia la estación de techo transparente. Miraba en medio de la noche a las masas entrando en el largo tren. ¿Qué hacían? Huir de la ciudad. ¿Hacia dónde? Hacia cualquier lado, pero fuera de las megápolis.

Alexandru pensó que el hecho de que las masas estuvieran huyendo de las ciudades es siempre signo de que la civilización se está hundiendo. A lo largo de la Historia, el proceso de destrucción de una sociedad se acaba ralentizando, después se detiene y

finalmente se comienza la reconstrucción. La diferencia era que nuestra sociedad había llegado a un punto de no-retorno.

Aproximadamente, una hora después, Alexandru vio partir el tren. Hasta la pasada semana, cada día partía un tren. Últimamente partía de forma irregular, cada tres o cuatro días. Algún tren sería el último y ya no partiría ninguno más. De momento, seguía saliendo alguno de la estación. El de aquella noche se alejaba ya en medio de la noche y la nevada.



Unas horas más tarde

DOY VUELTAS EN MI CAMA, no me duermo. Estoy solo, completamente solo. Tatiana hoy se ha ido a dormir a casa de sus padres. Una imagen vuelve una y otra vez a mi memoria, aquella imagen que contemplé el 2 de diciembre de 2209. La ejecución de Su Santidad el Papa con sus eminentísimos cardenales en el Circo Máximo. Fue hace tantos años, pero justamente esta noche la recuerdo vívidamente.

Es natural que me cueste dormir, es muy lógico, la situación es tan mala que la preocupación no me deja conciliar el sueño bien desde hace varias semanas. Duermo poco y mal, con muchas interrupciones. Menos mal que la lista de mis intranquilidades va cambiando con los días.

Hoy a mi insomnio retorna aquella escena que vi cuando era un jovencito. Un jovencito alegre con muchas ganas de vivir, con mucho futuro. Normalmente mis desvelos están provocados por causas macroeconómicas. Era previsible que mis ansiedades se acabaran combinando con temática religiosa, al menos esporádicamente. La escena fue terrible como tantas que contemplé en el Circo Máximo, desde esas gradas multitudinarias.

Me impresionó mucho ver a aquel hombre venerable de pelo blanco dar la bendición a sus cardenales. La escena la contemplaba muy de lejos, a tantos cientos de metros no se distinguían más que las sotanas rojas. Las cámaras de los drones enfocaron al grupo y la pantalla gigante mostró aquellos hombres. Lo primero que más me llamó la atención fueron sus extrañas vestiduras. Iban vestidos como tantos villanos en las películas acerca de la Edad Media, con vestiduras episcopales. Uno de ellos, ahora sé que era el Papa, iba vestido de blanco.

En un momento dado, el venerable hombre vestido de blanco dio la bendición a los hombres de rojo, sus cardenales. Un gesto solemne y lento en el aire. Todos sabían que ése era el final. Aquellos ciento cincuenta ajusticiados iban cada uno con una cadena de plata con una cruz. No me extrañé de aquel despilfarro a cuenta del Estado (aquellas joyas y vestimentas se iban a echar perder en aquella ejecución), puesto que aquella escena se estaba retransmitiendo por televisión a todo el mundo. Cuando algo se retransmite a todo el mundo, no se repara en gastos.

Los varios cientos de miles de personas que estábamos acomodados, allí, en las gradas de aquel edificio parecíamos el mundo entero, presente. La lejanía de las gradas era tanta respecto de la arena, que sin las pantallas gigantes todo hubiera quedado demasiado lejos para ver nada. Pero, aunque lo viéramos en las pantallas, la emoción de estar allí era indescriptible. Era la emoción de la masa.

Aquellos fastos, los de esa envergadura, únicamente se celebraban una vez al año. Trescientos gigantescos pebeteros quemaban perfumes. Kilómetros y kilómetros cuadrados de los toldos de un rojo turquesa defendían del sol primaveral a las gradas superiores.

Los condenados, cuando surgían de los túneles a la arena, siempre, de forma espontánea, se paraban al contemplar de golpe aquella muchedumbre que llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Admirados por el espectáculo de la masa en gradas inacabables se detenían y había que azuzarlos, para eso estaban flanqueados por los carceleros.

A los condenados que salían a la arena se les ordenaba que salieran corriendo, porque nada más salir aflojaban inconscientemente el paso, aturcidos por el espectáculo visual que suponía la visión repentina de todas las gradas. Y tras aflojar el paso, todos tendían a acabar deteniéndose y girando para ver por delante, por detrás, por los lados, aquel lugar impresionante y que rozaba dimensiones increíbles.

Era cierto que el público miraba buena parte de todas las cosas que sucedían en la arena más en las pantallas gigantes que en la misma arena, pero no era lo mismo ver todo aquello en casa, en la televisión. La emoción colectiva que se adueñaba de nosotros allí en las gradas era algo que más que explicarlo había que experimentarlo.

Cuando el circo entero clamaba, un rugido increíble se elevaba hacia lo alto. Un rugido como de terremoto, como de tormenta, como de un mar embravecido. Cuando el Emperador aparecía en su palco y todos se levantaban gritando “hail”, era imposible seguir sentado. Yo mismo, escéptico de todos los hombres, receloso de toda política, de la Política entera, en ese momento no podía evitar el levantarme de mi asiento. Y tenía que meterme las manos en los bolsillos para que mi brazo no se extendiera hacia lo alto.

En aquellos días, era yo muy contrario a aquel hombre que detentaba la magistratura máxima; cuestiones de juventud. Pero aquel fragor colectivo era algo que no había experimentado todavía. Tenía que hacer fuerzas con mi boca para no gritar, yo también, la frase de ovación.

Después, vinieron las carreras, las luchas, todo el espectáculo. El punto final fue la muerte de los condenados. Yo, en aquella edad de mi vida, todavía era contrario a que los condenados murieran allí, a la vista de todos. Con el tiempo, he cambiado de opinión. Si ejecutamos a esos asesinos, violadores, perturbados y mafiosos, qué mal hay en hacerlo de forma que la aplicación de la justicia constituya un espectáculo. Si han de ser ejecutados, por qué hacerlo en una oscura y anónima sala de una penitenciaría. Si han de morir que lo hagan concediéndonos el placer de contemplar la justa venganza de la sociedad.

Además, si a alguien le molesta ese tipo de escenas nadie le obliga a verlas. Allí únicamente van los que quieren. Pero el placer que siente el padre de una hija pequeña violada y asesinada al ver como el asesino de su hija muere allí delante de todos, es impagable. Pero no sólo el padre, sino que todos sentimos un extraño placer en observar como la implacable máquina de la sociedad tritura a los infames. El Circo Máximo es una trituradora colectiva de la escoria de la sociedad. Es el espectáculo de la justicia de la sociedad actuando implacable. Hay en ello un extraño y morboso placer multitudinario.

Puedes ver miles de películas con escenas parecidas. Pero el morbo que produce el saber que lo que está ocurriendo sobre la arena no tiene efectos especiales, que la sangre es sangre, y que el moribundo está agonizando de verdad, es algo especial. Cuando una de las varias pantallas gigantes enfoca en particular a un agonizante que se desangra, eso va más allá del efecto estético de un desfile o una coreografía, es el efecto tremendo de la realidad.

Y el punto final de aquellos fastos que siempre se celebran en el aniversario de la subida al poder del Emperador reinante, lo puso la ejecución de la cúpula de la más execrable de todas las sectas. Una secta de verdaderos enemigos de la humanidad, los Enemigos de la Felicidad, así por lo menos tronaba la declamación enfática del comentarista. Los cardenales fueron arrojados a un depósito de anacondas. Era algo inusitado para mí ver correr a esos ancianos entre aquellos reptiles de gruesos cuerpos. Las numerosas

anacondas iban atrapando a uno, a otro. Los estrujaban con sus músculos hercúleos –hércules irracionales oprimiendo a los sansones del espíritu—. ¿Sólo los asfixiaban o les rompían sus pelvis y sus columnas vertebrales? No lo tenía claro, por más que me fijaba. El mero hecho de ver un depósito con doscientas anacondas era ya de por sí un espectáculo pavoroso y formidable.

Debían estar muy hambrientas, porque se deslizaron raudas en busca de sus presas. Al principio, estaban más o menos extendidas en el depósito. Pero paulatinamente se fueron enrollando cada una alrededor del cuerpo de un purpurado. Algunos cuerpos eran disputados por varias a la vez. Otros ancianos quietos en un extremo se quedaban inmóviles, con la vana esperanza de no ser descubiertos.

En cinco minutos, algunas de ellas ya habían dilatado sus bocas para comenzar a tragar a los ejecutados, sus eminencias. Otras parecían no tener prisa en dejar de abrazarlos. El Papa, no sé cómo lo hicieron, porque al principio estaba con el resto, fue el último en caer sobre los reptiles. Las serpientes que todavía no se habían abrazado a nada, nerviosas y excitadas ante el festín de las otras se movían de un lado al otro del depósito, buscando algo. Por eso cuando cayó el Sumo Pontífice unas veinte, simultáneamente, se lanzaron hacia él. Todas pugnaron por alcanzarlo con sus bocas. Primero mordían, después (sin soltarlo) enroscaban su cuerpo alrededor de la víctima.

Cuando el Papa fue atrapado, ya casi todo el colegio cardenalicio tenía la cabeza ya oculta en la boca de aquellos ofidios. Sólo media docena de cardenales corrían gritando, asustados, frenéticos, perseguidos implacables por sus inevitables captores de sangre fría, como hamsters en un terrario.

Las serpientes eran lentas. Las piernas de los cardenales rápidas saltaban por encima de los otros reptiles ya ocupados cada uno con su víctima. Pero, uno a uno, fueron acorralados o atrapados por una mandíbula traicionera. Había varias mandíbulas por cada uno. Escaparon muchas veces, pero una vez que sus mandíbulas atrapaban algo, ya no había forma de abrir por la fuerza los músculos de aquellas fauces. Una vez que un cardenal era atrapado sólo podía gritar, debatirse, agitarse, golpear, durante unos segundos inútiles. El cuerpo del captor se arremolinaba de inmediato sobre la víctima.

Todo aquello lo contempló Alexandru en el año 2209. No le dio más importancia en ese momento. Sólo entró a valorar los aspectos estéticos de aquella guinda final a las ejecuciones estatales. Qué lejos estaba de imaginar la mucha cola que iba a traer aquella ejecución.

Aquellos fastos, aquellos dispendios, aquellas masas gritando enfervorecidas... todo era un recuerdo, filmaciones en archivos. Ahora el mismo Circo Máximo era una sombra de lo que fue:

abandonado, sucio, miles de ocupas se habían asentado en él, cubierto de pintadas y salpicado de hogueras que habían ennegrecido y denigrado sus mármoles. Aquel marco de fastos, era ahora un panorama de estatuas decapitadas, un cuadro de desolación en el que resaltaban las cuatro colosales imágenes derrumbadas sobre las gradas, hundiendo con sus toneladas de peso parte del forjado de hormigón de los graderíos.

A las masas ya sólo las enloquecía el hambre, no las grandes ceremonias civiles del Estado asesino. Buena parte de los 9.000 millones de europeos vagaban por nuestras ciudades como animales encerrados en una jaula sin comida. Yo había sido testigo en mi vida del mayor esplendor y del colapso de una civilización planetaria.

Parecía mentira que incluso ahora que sabíamos ya qué invierno se avecinaba, qué hambre nos esperaba, ni siquiera la guerra se había detenido. Los japoneses seguían su campaña de bombardeos. Sus misiles nos golpeaban diariamente y nuestras columnas de infantería proseguían su avance por las llanuras de China, la India y en general de Asia Central. Dejaron detrás de ellos Europa, pero no iban a encontrar a Europa cuando regresaran. Hallarán el solar, el solar devastado de Occidente. Occidente será redescubierto por los ejércitos que partieron de él.

Pero eso sólo sucedería si el retorno fuera posible. Pronto se encontrarán con que no habrá ni combustible para que sigan

avanzando, ni combustible para que regresen. Abandonaremos a millones de hombres en medio de Asia. Todas nuestras divisiones quedarán allí, abandonadas a su suerte y a su hambre. No sé qué quedará de todas esas columnas de infantería, cuando llegue la primavera. Bah, todavía quedan varios meses antes de que comience el otoño.

El otoño no había comenzado, pero fuera ya estaba nevando a consecuencia de las densas masas de contaminación que se habían condensado cerca de la península de El Labrador, que no dejaban pasar la luz y que habían provocado una disminución de la temperatura en toda esa zona. Y cuya secuela más directa e inmediata había sido aquella nevada imprevista en toda Europa. Los expertos aseguraban que aquella alteración, que aquella imprevista entrada de aire polar, no excedería el plazo de una semana.

Quizá como me repite Giovanna no debería preocuparme. ¡Me gustaría no preocuparme tanto! Dormir bien. Dormirme pronto. No despertarme. Pero no hay optimismo que valga: los números son evidentes. Nuestros generales han ordenado seguir con la guerra hasta el final. Pero se aproxima el día en que no llegue ni un convoy más con combustible, el día en que no llegue ni un kilo más de víveres.

Con guerra o sin guerra, con la economía nacionalizada o sin nacionalizar, con el Estado dedicado en exclusiva a producir alimentos y bienes esenciales, la situación se degrada sin acabar de encontrar un fondo en el que hacer suelo. Por mucha prisa que nos demos en producir comestibles, dentro de un año me extrañará mucho si no contamos los muertos por cientos de millares cada día.

Los almacenes de alimentos han sido sistemáticamente bombardeados, como las zonas de cultivo. El racionamiento ya no resuelve el problema. No hay para todos. Hay que empezar a decidir quién se queda y quién no. Quizá por eso la guerra continúa. Quizá la guerra ya sólo no tiene otro fin que el de ir quitando bocas de la lista.

Alexandru sopló y apagó las dos velas que alumbraban su dormitorio. Los cortes de luz a determinadas horas afectaban al centro de la ciudad. Fuera, la nevada, dulce y poco intensa. Tatiana era probable que hubiera muerto en un bombardeo. Tampoco era seguro. Tal vez, simplemente, se había cansado y le había dejado. Mañana dejaría su piso. Sin luz eléctrica, subir hasta allí era toda una excursión, le dolían las rodillas. Sin luz eléctrica, no había agua corriente. Vivir en ese piso era como vivir en lo alto de una montaña sin agua. Mañana tomaría una decisión definitiva. Trataría otra vez de dormir.

Antes de que se durmiera, pensó que llevaba toda su vida profesional sirviendo al Cónsul Máximo, pero que nunca había

conocido a ninguno en persona. Los había visto, como todo el mundo, por la televisión. Cuatro veces los había visto a lo lejos en ceremonias imperiales. ¡Pero nunca de forma personal tras toda una vida a su servicio!

Se había pasado toda la vida pegado a la mesa de su despacho. Había sido un perfecto burócrata. Menos mal que había tenido, por trabajo, unos cuantos interesantísimos viajes. Pero fuera de eso, su vida había sido empleada en revisar informes. Sin verdaderos amigos, sin mantener relaciones con la familia más allá de alguna llamada.

Informes. Había nacido para llevar una vida burocrática. Ahora era el crepúsculo. Nadie le agradecería sus desvelos. Más valía que se durmiera pronto.

Capítulo X

Después que el porvenir ha huido



Treinta días después. Año 2213

ALEXANDRU SE INTRODUIÓ AGITADO en su dormitorio, casi semejante a que furtivamente sino fuera porque era su propio piso. Respiraba con fuerza, agitada respiración del que hace algo contra la ley. Pero él no estaba perpetrando nada contra la ley. Sus manos nerviosas removían la ropa de los cajones, ropa que quedaba desordenada y que ya nadie ordenaría nunca. Debajo de toda la ropa la tapa de un doble fondo.

Gotas de sudor comenzaban a formarse en la frente de aquella cara de cuarenta y tantos años de nariz respingona y pecas. Debajo de la tapa aterciopelada del doble fondo, cuatro estuches de cuero. Las manos temblorosas abrieron un instante el broche de los estuches. Deseaba, necesitaba, cerciorarse de que estaban allí. Sí, las gemas estaban allí. Brillaron apagadamente un segundo. El segundo necesario tan solo para cerciorarse y volver a cerrar el

broche. Un segundo plagado de la embelesadora visión de topacios y gemas. A Alexandru le temblaban las manos, pero no hacía nada contrario a la ley. Se metió los estuches en los bolsillos de su costosa gabardina, una gabardina de la mejor sastrería de Roma. Debo tranquilizarme, se repetía una y otra vez. Tranquilo... tranquilo... pero uno no está sereno cuando quiere, por más que lo ordene la voluntad.

Se metió la mano en su bolsillo derecho, allí estaba su pasaporte. De todas maneras, lo sacó; tenía que asegurarse. Sí, allí estaba. Llevo dinero suficiente para el pasaje, bien. No creo que la policía me pare, de todas maneras no he hecho nada contra la ley. Adiós, casa. Y salió casi corriendo de allí después de cerrar la puerta con todas las vueltas de llave posibles.

Esa mañana en la ODI habían estado barajando las distintas posibilidades que tenían ante la anarquía que se había instalado en la misma capital. El primer resultado de aquella reunión había sido que Alexandru había decidido marcharse, secretamente, sin avisar a nadie. Abandonaba el barco. Dicen que las ratas son las primeras en abandonar el barco, se repetía Alexandru. Dicen que los ejecutivos situados más en alto son los primeros en abandonar una corporación que se hunde. Esta vez no era ninguna corporación, era la sociedad entera.

Un Estado puede aguantar mucho. Nada aguanta tanto como un Estado. Un Estado es la única empresa que puede decretar una

bancarrota, una suspensión de pagos, y seguir adelante. Un país es la única empresa que fabrica su propio dinero. Una nación tiene tantos soportes, tantas protecciones. Por eso sus gobernantes habían abusado una y otra vez de esos soportes. Pero llega un momento en que ya no queda ningún soporte.

Alexandru había aguantado tanto en su puesto porque no había ningún lugar seguro adonde ir. Había aguantado porque sabía que su *status* le proporcionaba un lugar preferente en el reparto de las raciones de comida. Pero ahora... ahora se hundía todo, absolutamente todo. Ya no iba a haber raciones de comida repartiéndose. La aldea global se colapsaba universalmente, cada pieza arrastraba en su caída a las piezas colindantes.

La lucha por la comida en todas las urbes iba a ser de tal ferocidad que era mejor marcharse a algún lugar alejado. Alexandru, ya desde hacía una semana, había repasado obsesivamente el mapamundi, país por país. Barajaba distintas naciones agrícolas. Mejor lugares que hubieran ya sufrido la devastación de la guerra y el pillaje. En medio de un incendio hay que dirigirse a los lugares por donde el fuego ya ha pasado.

Sabía, por sus contactos, que ese día por la tarde tenía que salir una aeronave hacia Uganda. Es la única aeronave que sale rumbo a algún país africano desde hacía más de dos meses. Quizá sea la última. Alexandru contaba con el lujo de una bicicleta. Las calles estaban llenas de escombros. A ratos iría montado en la

bicicleta, a ratos a pie. Confiaba llegar al aeropuerto en tres horas. El único peso que portaba era el de una ligera mochilita a sus espaldas.

Durante horas, atravesó una ciudad de la que se elevaban cientos de columnas de humo. Por todas partes surgían alborotos ciudadanos por las calles. Los grupos de antidisturbios ya sólo protegían las zonas ministeriales. Afortunadamente, el camino que tomó estaba bastante desierto. Por fin llegó al aeropuerto.

Ya antes de entrar por una de las monumentales puertas de la fachada principal de la terminal neoclásica, era patente que el complejo aeroportuario parecía un lugar tomado por el ejército. Se encaminó al mostrador de venta de billetes. La calma dentro de la terminal era total. Por todas partes, la presencia militar armada con ametralladoras la garantizaba. Esos soldados no iban a dudar lo más mínimo en disparar ante el más mínimo disturbio.

Conseguir un billete en esa aeronave no era una cuestión de dinero. Primero, pocos sabían que iba a partir. Así que era una cuestión más de información que de otra cosa. Segundo, los billetes se repartirían según el nivel de prioridad que cada uno tuviese asignado. El del Alexandru, al pertenecer a la ODI, era muy alto. Tuvo que hacer cola dos horas, para pasar a la fila (donde supuestamente) les iban a ir atendiendo para ver si les daban la tarjeta de embarque.

No había, precisamente, mucha alegría en la zona de embarque. Todo el mundo iba muy cargado con maletas. Todos sabían que si perdían esa aeronave podía no haber otra. La tensión era impresionante. Todos pensaban: ¿Y si, en el último momento, no puedo embarcar?

Allí le esperaban seis horas haciendo cola en otra zona de espera ante un mostrador lejano en el que todo tenía que hacerse a mano, sin ordenador. Como todos los que estaban allí, hacía cola todavía sin tarjeta de embarque. Alexandru, como todos, había venido con un margen lo más grande posible. No le importaba esperar lo que hiciera falta.

La espera en un aeropuerto da para mucho. Durante esas horas pensó en el momento en que la proa del Titanic se hundió en el mar y la parte posterior del trasatlántico se levantó en el aire, vertical. Entonces, quedaron al descubierto las estructuras ocultas del barco, las que estaban bajo el agua, las que de verdad sustentaban toda aquella estructura flotante. Así también la sociedad, hundiéndose, comenzó a dejar visibles sus estructuras esenciales de supervivencia: la producción alimentaria y el ejército.

Tras el naufragio sólo quedarán los botes salvavidas. Los únicos botes serán los refugios antiatómicos subterráneos y unas pocas bases espaciales. Ambas destinadas a flotar en medio de la Nada. Ambas sin otro horizonte que el de consumir lentamente sus víveres.

Hace ya mucho, pedí en mis informes que se centraran todos los recursos del Estado en producir alimentos y electricidad. Después, las cosas se pusieron tan mal, que mis informes advertían que debíamos abandonar a la sociedad a la hambruna y concentrarnos en alimentar sólo a los hombres esenciales (sobre todo técnicos) para mantener en funcionamiento los resortes más importantes de la nación. Tras algún tiempo, insistí en la necesidad de que concentráramos a esos hombres esenciales en campos especiales. Ya no era realista pensar que podríamos tenerlos viviendo en medio de las ciudades. Después, ya no hubo tiempo para construir esos campos especiales. De urgencia, solicité su concentración en bases militares; en bases protegidas contra el resto de la sociedad. Es decir, tardé, pero había yo comprendido que lo importante era que se salvara alguien, que no todo ni todos fueran succionados por el caos. Había que protegerlos contra la sociedad, contra la masa humana. El hombre se convertiría en lobo del hombre. Pero ellos, los políticos, no veían el fin tan cercano, no me hicieron caso. El jefe de Estado que vive siempre diciendo mentiras en sus discursos acaba viviendo en un mundo de mentiras. Su estado final le impide distinguir las mentiras de la verdad. Acaba plenamente convencido de que puede, siempre, manejar la situación.

Decidí marcharme de la capital, de la ODI y de todo. Fue en ese momento de supremo desánimo, cuando tomé la decisión. Pronto se darán reacciones irracionales, en el caos cada uno anda

en una dirección, cada uno ve una puerta de salida por algún lado. La sociedad, dividida, va a intentar seguir docenas de direcciones a la vez, direcciones contradictorias y en conflicto. El ahogado, antes de hundirse, gasta sus últimas fuerzas en movimientos sin sentido, en palmoteos sobre el agua.

Estos soldados que hacen guardia junto a estos mostradores de aeropuerto creen estar haciendo algo útil, se equivocan. Sólo obedecen órdenes. Sería mejor que ellos mismos se montasen en esta aeronave.

El funcionario se preguntó a sí mismo por qué seguía dando vueltas a sus informes, por qué continuaba trabajando con su mente. Ya no trabajaba, se encontraba en situación de vacaciones indefinidas, autoconcedidas. No tenía sentido obsesionarse con lo que podría haberse hecho y lo que no. Tenía que distraerse, tenía que limpiar su cerebro del trabajo precedente. Hubiera leído algo durante la espera, pero las baterías de su tableta (como las de casi todos los presentes en la sala) ya estaban descargadas. Así que trató de charlar con sus vecinos de fila, bastante poco conversadores, por cierto. La espera era tan larga que, a ratos, se sentaban en el suelo.

Las horas pasaron. Por fin la cola de gente que había delante, de pie, comenzaba a moverse con mayor rapidez. El nerviosismo de Alexandru al dar sus datos para el billete era máximo. La señorita que le atendió, fríamente le pidió sus datos y apenas le miró a la cara. Estaba tan aburrida como él. No le importaba quién

se quedaba y quien marchaba. Alexandru casi besó la tarjeta de embarque cuando se la entregó. Tenía el codiciado billete en su ansiosa mano.

Uganda había sido devastada, pero la república había colocado allí varios campamentos de reasentamiento de desplazados para europeos. No tenía mucha idea de cómo seguían las cosas. No había noticias desde hacía varias semanas. Había oído cosas espantosas perpetradas allí por los señores de la guerra. Los grupos descontrolados hacían su agosto desvalijando los campos más lejanos de la capital. Ya veré lo que hay allí cuando llegué, pensó.

Una hora después, Alexandru entraba en la aeronave. Pensó que le hubiera gustado tener tiempo para cantar la gloria y el esplendor de la civilización en la que le había tocado vivir. Su civilización no había sido una civilización más, había sido la postrera civilización. No había sido una civilización de aquí o de allí, había sido la civilización de todas las naciones, de todas las razas, de todo el planeta.

¿Qué le aguardaba ahora a esa civilización que se hundía? Le vinieron a la mente, de forma vaga y difusa, las líneas de antigüedad milenaria, escritas durante el Imperio Romano, cuando el cetro romano señoreaba soberbio sobre buena parte del mundo conocido. Creía recordar que fueron escritas por un deportado. Las recordaba difusamente, eran parte del libro del Apocalipsis:

Estoy entronizada como reina, no soy viuda ni veré el luto.

Por eso en un día vendrán sus plagas.

Muerte, duelo y hambre, y será incendiada,
porque fuerte es el Señor Dios que la ha juzgado.

Y los reyes de la tierra que con ella fornicaban y se dieron al lujo llorarán y se lamentarán por ella, cuando vean la humareda de su incendio, deteniéndose a lo lejos, por el miedo a su tormento, diciendo:

¡Ay, ay, la gran ciudad, Babilonia, la plaza fuerte, porque en una hora llegó su juicio!



El crepúsculo de los burócratas es una de las obras de la Decalogía sobre el Apocalipsis que comencé a escribir en 1.998. La Decalogía es una saga de novelas que describen los acontecimientos de la generación que habrá de vivir las plagas bíblicas del fin del mundo. Estas novelas deben ser leídas como una obra literaria basada en el libro del Apocalipsis. Son una obra literaria, no son fruto de una revelación privada. Siempre he insistido en que han de ser leídas como novelas acerca de cómo puede ser el tiempo del Apocalipsis. De cómo puede ser, no de cómo va a ser.

Cada una de las novelas de esta saga del Apocalipsis es independiente. Cada una explica una historia completa que no requiere de la lectura de las anteriores. Cada libro de esta saga tiene sentido por sí mismo. Razón por la que pueden ser leídas en cualquier orden. Todas estas historias que componen esta saga fueron comenzadas a escribir en 1998, cuando yo era párroco de un pequeño pueblo de mil habitantes.

Si desea enviarme un comentario sobre la obra, a mí, el autor, puede hacerlo con toda libertad en este correo: fort939@gmail.com



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



www.fortea.ws